

INTRODUCCIÓN

Proponer un diálogo entre la psicología y la estética puede resultar sorprendente en muchos contextos, probablemente debido a que durante mucho tiempo los objetos de estudio propios a la estética no han formado parte de la agenda de discusión académica en psicología. No obstante, esta distancia no siempre ha existido. Castro (2005) nos permite ver desde cuándo datan las primeras relaciones entre psicología y estética.

Uno de los presupuestos principales de este autor es que a principios del siglo XIX hubo una amplia influencia por parte de la psicología en la elaboración de las categorías discursivas usadas por la estética. Posteriormente, alude Castro a un distanciamiento que perduró muchas décadas y finalmente señala que muy recientemente investigadores, psicólogos, historiadores, epistemólogos e incluso artistas comienzan a reconfigurar la pertinencia de establecer nuevamente la relación entre estética y psicología.

La revisión de Castro deja al descubierto también que en la definición de la estética no ha habido una postura homogénea. Por el contrario, en función de diversos contextos históricos, han prevalecido diversas concepciones. Algunas de las ideas prevalecientes fueron retomadas por algunos psicólogos a principios del siglo XX. Particularmente, la concepción que más difusión ha tenido es la perspectiva Kantiana, la cual marcó una ruptura con todos los ideales de buen gusto que se encontraban asociados a la estética en el contexto de la ilustración.

Un amplio conjunto de investigadores -Dewey (1934/2008), Castro (2005), Sánchez (2005), Blanco (2005) y Mandoki (2006)- comprenden el quiebre que representa Kant en la redefinición de la naturaleza de la experiencia estética más ligada a una idea de lo sublime como característica esencial que permite describirla y que redefine a su vez la concepción de belleza. Castro señala que la psicología decimonónica se deslumbró con la propuesta de Kant en relación a lo sublime y sus desarrollos se orientaron bajo esta categoría conceptual.

Pese a los debates entre diferentes posturas, a partir del primer cuarto del siglo XX, comenzó a surgir un abismo entre psicología y estética. Del lado de la psicología el distanciamiento estaba favorecido por sus aspiraciones empiristas y sus ambiciones de cientificidad, objetividad y neutralidad. Dado que las discusiones sobre la estética podían comprometer algunos de los anhelados principios disciplinares, la psicología comenzó a confinar otros objetos de estudio más “idóneos” en relación con sus nuevas aspiraciones de la época (Castro, 2005).

El estudio que se propone en este documento se enmarca en un momento histórico en el cual comienzan a reconfigurarse los debates entre la relación de la psicología y la estética y empiezan a emerger investigaciones interdisciplinarias (Blanco (2002, 2005), Castro (2005), Sánchez (2005), Español (2005, 2007, 2008), Dissanayake (2000, 2008). Adopta, además, una concepción del fenómeno estético

vinculado a la cotidianidad de la vida de las personas que resalta la condición de receptividad y vinculación activa de quien participa en él (Mandoki, 2006). Esta concepción en tanto valora los fenómenos de la vida cotidiana es un marco adecuado para realizar una investigación que conciba al bebé desde su condición sensible y que por tanto se pregunte por el lugar que tiene esta condición en relación con la posibilidad que tiene el bebé avanzar en las construcciones que de sí mismo realiza de manera temprana en la vida.

La línea de investigación en primera infancia en la cual se enmarca este estudio es aquella que asume la Musicalidad Comunicativa como concepto central para explicar las interacciones adulto-bebé y el propio desarrollo psicológico del bebé. Más específicamente, este proyecto se enmarca en los estudios que buscan indagar sobre la naturaleza, génesis y desarrollo de la intersubjetividad valiéndose de las herramientas teóricas y metodológicas de las artes performativas (Español, 2007, 2008; Shifres, 2007; Martínez, 2007; Martínez y Español, 2009; Shifres y Español, 2009). Como se señalará más adelante, estos estudios se han enfocado hasta el momento en caracterizar los modos particulares de actuación en los cuales los adultos se dirigen a los bebés, bajo una concepción de éstos como espectáculos multimodales o *performances*.

El estudio que se propone, si bien concibe como indisociable la diada adulto-bebé, enfoca su mirada hacia las construcciones corporales con las cuales el bebé se vincula en las interacciones con los adultos a partir de las estimulaciones que éstos le ofrecen. Particularmente busca analizar el despliegue y organización del movimiento del bebé, y en general la organización de su corporalidad, en situaciones de encuentro con los adultos, con miras a explorar todo lo que este nuevo camino de análisis nos puede permitir ahondar sobre las construcciones psicológicas que el bebé puede realizar sobre sí mismo de manera temprana en la vida, tratando de discernir el lugar que tiene su apertura sensible frente a estas construcciones.

Finalmente, cabe resaltar que la perspectiva psicológica dentro de la cual se enmarca este estudio es la ciencia cognitiva de segunda generación que da preponderancia al papel del cuerpo y a los procesos de percepción/acción en la construcción del conocimiento. Esta línea conceptual promulga una perspectiva corporeizada, situada y distribuida de la cognición (Johnson, 2007). En este programa, los sentimientos y las emociones se sitúan como un factor crucial en la formación de procesos psicológicos complejos; se considera también que las experiencias de intersubjetividad temprana que se establecen entre el adulto y el bebé conforman los cimientos de capacidades cognitivas complejas (Trevarthen, 1998; Damasio, 2000 y 2003/2005; Bruner, 1997).

I. MARCO TEÓRICO

1. EL BEBÉ, SU CONDICIÓN SENSIBLE Y LA ORGANIZACIÓN DE SÍ AL INICIO DE LA VIDA

Muchas perspectivas de la psicología optan por priorizar la vertiente de construcciones y conquistas que sobre el mundo exterior va realizando el bebé en su proceso de desarrollo psicológico. En esta tesis, dichas conquistas son de absoluto valor; no obstante, no se conciben desligadas de la experiencia subjetiva que comportan y, sobre todo, de las implicaciones que tienen respecto a la construcción que sobre sí mismo el bebé va realizando. El factor que se pretende explorar en relación con la misma es el elemento sensible/estético involucrado en este proceso a partir del cual el bebé se abre a su entorno y es permeado por los ofrecimientos de los adultos. Así pues, nos preguntamos ¿cómo se entranan la condición sensible del bebé y su posibilidad de agenciar experiencias y de enriquecer su proceso de construcción de sí mismo? Comprender la viabilidad de la exploración metodológica de esta pregunta requiere de la descripción previa tanto de la perspectiva que se adoptará sobre la estética como de aquellos elementos que fundamentan el proceso de constitución subjetiva de los bebés durante sus primeros meses de vida.

1. 1. LA ESTESIS Y LA CONSTRUCCIÓN ESTÉSICA DE LA VIDA COTIDIANA

1.1 .1 Breve delimitación filosófica del fenómeno estético

Katya Mandoki, artista y académica con gran incidencia en los debates actuales sobre estética, plantea que de manera tradicional ésta ha sido una rama de la filosofía y no una disciplina. Explica cómo diversas tendencias han abordado el estudio de la estética según sea su posición filosófica, lo que ha incidido para que históricamente no se haya podido constituir un discurso homogéneo en torno a la misma. (Mandoki, 2006)

Antes de presentar la concepción de Mandoki sobre el fenómeno estético, perspectiva por la que se ha optado como marco de referencia en esta investigación, se presentarán dos perspectivas clásicas que han alimentado los diversos y álgidos debates en la historia en torno a diferentes conceptos centrales para la teoría de la estética, incluso para la propia conceptualización de Mandoki. Éstas son la perspectiva kantiana y la pragmatista de John Dewey. Así pues, se identificarán algunos de los principales nudos sobre los cuales giran sus posiciones sobre la estética para argumentar la pertinencia de otras miradas diferentes a las suyas, particularmente en relación con las exploraciones que se proponen en este estudio y las preguntas sobre las cuales versan las mismas.

Dewey (1934/2008) señala que Kant en su *Crítica a la razón pura* propone la existencia de una facultad del entendimiento que no es reflexiva sino intuitiva, que opera con materiales sensibles y que no se aplica a todos los objetos de la razón. Kant propone que son facultades de diferente índole como la razón, la voluntad y el conocimiento sensible las que permiten al ser humano aproximarse a su realidad. Esta última facultad es concebida como opuesta a la razón y a la voluntad,

se ejercita en la *contemplación* y su elemento estético distintivo, observa Dewey, es el placer. Sánchez (2005) por su parte, plantea que la pregunta por la belleza es esencialmente kantiana. Considera que Kant en su disertación sobre el juicio estético hace gran hincapié sobre lo bello como aquello vinculado estrechamente a la contemplación que genera complacimento y resulta placentero. Resalta la idea de Kant sobre la relación mediada entre el sujeto y el objeto por *el juicio estético*. Cuando esto sucede, el sujeto se permite conferir otro tipo de valores que no son morales ni racionales y que permean el entendimiento que tiene de su realidad.

Lo anterior permite situar en primera instancia la postura kantiana en medio de un clásico debate en la historia de la estética; el debate sujeto/objeto, en el cual se discute si son las propiedades del objeto lo que hacen que éste sea estético y artístico o si se estaría haciendo referencia más bien a una condición o posibilidad del sujeto. Kant nos dice, al respecto, que esta posibilidad reside en el sujeto y particularmente en una de sus facultades del entendimiento, en su facultad para el conocimiento sensible.

La facultad de conocimiento sensible para Kant se enmarca como una primera forma de conocimiento de los objetos posibilitado por la condición de receptividad del sujeto. No obstante, y aún cuando se sitúa desde una perspectiva subjetiva, es una perspectiva que enfatiza que la experiencia vinculada con el fenómeno estético es del orden de lo sublime y por tanto no está dentro de los confines de la cotidianidad del sujeto.

Es necesario contextualizar la obra de Kant en medio de todos los anhelos y valoraciones racionalistas de la ilustración; sus disquisiciones en torno al entendimiento humano son propias de un contexto sociohistórico particular. Un contexto histórico y un cuerpo teórico nos permiten no sólo el camino hacia la respuesta, también el camino hacia la pregunta. Tal vez el camino filosófico kantiano no abre la puerta hacia el fenómeno de la cotidianidad. Para darle cabida a la estética en la dimensión cotidiana de las personas, como se pretende en este trabajo, tal vez haya que asirse de otras miradas.

Mandoki (2006, p 166) señala la preocupación general de Dewey en su libro *Art as Experience*, por situar las condiciones de posibilidad de la experiencia estética en el arte a partir de una visión cotidiana y orgánica de la experiencia. Esta visión tiene enormes implicaciones puesto que de entrada hace alusión a un elemento que muchos filósofos e historiadores han si acaso mirado de soslayo: la posibilidad de retirar tanto lo estético como lo artístico del confinamiento de la excepcionalidad que atañe sólo a unos pocos.

Ahora, aún cuando el mismo Dewey sucumbe al esplendor de lo artístico y caracteriza al arte como una experiencia distintivamente estética, es él quien abre la posibilidad de pensar que una auténtica experiencia puede tener una cualidad estética sin que necesariamente sea artística. Es precisamente esta posible cualidad estética de las experiencias cotidianas lo que resulta interesante porque es la que menos atención ha recibido; el foco de atención por parte de artistas y filósofos del arte ha estado situado por mucho tiempo en develar los misterios

estéticos que rodean el fenómeno artístico.

Este filósofo pragmatista realiza una serie de precisiones etimológicas y conceptuales que vale la pena revisar ya que permiten dimensionar los bemoles de asumir una concepción de estética sin haberse remitido a cuestiones tan cruciales como sus contextos de significación. Para comprender su propuesta en torno a la experiencia estética, hay que partir de su interés primordial en analizar el arte y el objeto artístico sin separarlos de las condiciones humanas en las que tienen lugar. Así pues, considera que los acontecimientos ordinarios atraen la atención del hombre despertando su interés y se ven implicados en lo que denomina la experiencia estética (artística).

Dewey (1934/2008) sitúa la experiencia estética en el marco general de la disposición que tienen las criaturas vivientes a interactuar con sus circunstancias y en la necesidad que tienen de realizar intercambios activos con su medio para desarrollarse. El fin en una experiencia, sostiene el autor, difiere del fin eficaz puesto que la acción dirigida meramente por el propósito eficaz tiene un carácter automático, de manera que no proporciona sentido alguno de lo que es ni de hacia dónde se dirige, de ahí que no pueda adquirir una cualidad estética.

Para el autor, las emociones deben ser significativas de la experiencia estética y no simplemente un aspecto efímero de la misma. No son estáticas, cambian y se transforman en el transcurso de los acontecimientos en movimiento, proporcionan unidad a las partes variadas de la experiencia, intensifican los rasgos que pertenecen a la experiencia normal y se constituyen en una fuerza móvil y cimentadora.

Otros de los aspectos que para Dewey caracterizan la experiencia estética son la continuidad de la misma y su ritmo subyacente; estos elementos ofrecen una vía para dimensionar lo que considera la unidad de la experiencia.

“Cada parte sucesiva fluye libremente sin juntas ni vacíos hacia las partes que la continúan... el flujo va de algo a algo, una parte conduce a la otra y puesto que cada parte continúa con aquello que venía sucediendo, cada una gana distinción por sí misma. El todo que está en marcha se diversifica en fases sucesivas que hacen resaltar sus variados colores”. (Dewey, 1934/2008, p 42)

Con esta reflexión Dewey está invitando a pensar en la estructura de la experiencia estética y en el pulso que se entremezcla en las mismas, está sugiriendo un orden que hace que este ir y venir no sea caótico pero tampoco estático, habla entonces de una estabilidad “que no es estancamiento sino ritmo y desarrollo”.

Otro de los elementos cruciales que permite situar la posibilidad de una pregunta en torno a la estética de la cotidianidad, es lo que Dewey denomina *el equilibrio entre el hacer y el padecer*. Para el autor la experiencia estética requiere de un equilibrio entre la condición activa y la receptiva; a diferencia de, como se ha mostrado, posturas como la kantiana en la que lo estético es eminentemente receptivo y apreciativo. Dewey, por el contrario, piensa que en la experiencia debe haber una condición de reciprocidad entre el padecimiento y la acción ya que de

manera contraria se puede producir una deformación de la experiencia.

En síntesis, la postura de Dewey remite a una experiencia estética (artística) profundamente vinculada con los eventos de la vida cotidiana, que implica una condición perceptual en la cual lo percibido se carga de un valor y donde la condición emocional, que no se limita a lo placentero, media la elaboración que se lleva a cabo de forma tal que realza lo percibido.

1.1.2. La estética de la cotidianidad

Mandoki (2006) a partir de su enfoque sobre la estética, *la prosaica* -nutrido de algunas de las reflexiones de John Dewey, Mijaíl Bajtín y Johan Huizinga, y en una búsqueda por conceptualizar sobre una estética no artística o extra-artística- ha teorizado recientemente sobre el objeto de estudio de la estética. La prosaica es un enfoque sobre la estética que retoma *la estesis* como la condición fundamental de la vida y la experiencia de los seres humanos ligada a los fenómenos estéticos más allá de los confines de la belleza. Este enfoque permite estudiar la constitución estética de la vida cotidiana y por tanto explorar diversos tipos de prácticas y actividades en las que está involucrada.

Mandoki (2006) destaca que la búsqueda de una definición unánime de la teoría estética y los fenómenos que estudia ha sido obstaculizada por una serie de “fetiches” y “mitos” que han circulado históricamente y que han llevado a que se generen asunciones de lo estético sin que se examine claramente qué hay detrás de los diferentes supuestos, tornándose incluso en obstáculos epistemológicos para desarrollar una teoría estética.

Uno de los mitos más fuertes, piensa la autora, es el de la sinonimia entre arte y estética. Mandoki, siguiendo la línea filosófica de Dewey, plantea que lo estético no se circunscribe a lo artístico y que puede por ende, tener otro tipo de manifestaciones extra artísticas. La autora encuentra que estetólogos como Noel Carroll (1986) y Tomoty Binkley (1987) ya cuestionaban el arte como exclusivamente estético, no obstante, no encuentra posturas claras que cuestionen la estética como exclusivamente artística.

Otro de los conceptos kantianos que pervive en la actualidad es el de la actitud desinteresada. Mandoki (2006) precisa que Kant definía la experiencia estética como “deleite desinteresado”. Comprende su mirada en tanto reacción a las formas instrumentales burguesas de su época, que buscaban dar preeminencia a la acción con fines prácticos. Asimismo, entiende en esta definición una necesidad de explicitar que en esta experiencia no hay ninguna clase de interés práctico en el objeto, pero encuentra también que esta definición cierra todas las posibilidades para vislumbrar otro tipo de interés que no sea práctico, como lo podría ser el interés estético.

Dos de los “fetiches” pertinentes de examinar son el de “lo bello” y el del “objeto estético”. Para la autora, lo estético no es equivalente de bello y para argumentar esta idea sitúa claramente dos aspectos que se contraponen a de la idea de lo bello. El primero apunta a que “lo bello” atañe a un efecto del lenguaje para describir

ciertas experiencias y percepciones, de esta manera se relativiza debido a su dependencia frente a convenciones y condiciones bioculturales particulares. En segunda instancia, encuentra que “lo bello” sólo existe en los sujetos que lo experimentan en la medida en que es un efecto de la relación que el sujeto establece con el objeto, y por ende sería muy complejo y poco certero situar “lo bello” como algo que es propiedad universal del objeto. En esta vía, pensar en una categoría lingüística como la de “lo bello” para describir las variadas experiencias de la relación de un sujeto con el objeto, evento o persona, invisibiliza algunos de los múltiples aspectos involucrados en los fenómenos estéticos.

En relación con el fetiche del “objeto estético”, Mandoki argumenta que el fenómeno estético tiene lugar a partir de ciertas condiciones del sujeto y no como algo externo a él. Si bien reconoce que los sujetos interactúan con un entorno y los objetos de éste, considera que los sujetos no dependen enteramente de la propiedad del objetos para acceder a lo que Dewey entiende como experiencias estéticas.

Ahora, habiendo bordeado algunos de los mitos y fetiches que se encuentran detrás de muchas de las concepciones de la estética, es necesario esbozar una clara delimitación de aquello comprendido por Mandoki como lo estético, puesto que si lo bello, lo placentero, lo artístico no abarcan en sí mismos y en su totalidad lo estético, ¿qué se encuentra delimitado en este terreno?

Para Mandoki (2006, p 23) la estética *“designa al sujeto en su disposición o susceptibilidad a percibir, disfrutar, y padecer... Antes de la percepción el objeto no existe como tal pero al ser percibido estéticamente, el objeto antes no valorado en esa dimensión, adquiere un nuevo carácter que lo altera cualitativamente”*.

Remontándose a la etimología griega de la palabra estética, Mandoki (2006, p 64) encuentra la palabra *aisthe* que remitía a una condición de percepción o sensibilidad, en donde el sufijo *tés* implica al sujeto, en este caso al sujeto y agente de la percepción (*αισθητική -aisthetike-* viene de *αἴσθησις -aisthesis-*). La autora encuentra que Baumgarten, en su metafísica de 1739, puede considerarse como creador de la disciplina al situar por vez primera la estética como la rama de la filosofía que estudia el conocimiento sensible. Este autor realiza una bifurcación jerárquica entre la facultad lógica y la estética, división que fue retomada por Kant, quien desde un gran interés por acentuar el nivel subjetivo implicado en el fenómeno estético, vincula la facultad estética con las otras facultades del entendimiento que reconoce en el ser humano.

La *facultad estética* es reconocida por Mandoki (2006) como ***estesis***, la cual da cuenta no sólo de la sensibilidad del sujeto, sino de ***“su condición de abertura, permeabilidad, o porosidad al contexto en el cual está inmerso en tanto se encuentra expuesto a la vida”***. En esta definición se observa la influencia de la perspectiva de Dewey y su concepción orgánica de la experiencia. Es en este panorama que la autora plantea que el problema fundamental que estudia la estética es la estesis y los procesos que le subyacen. Por esta razón señala que la estética se establece como término descriptivo antes que valorativo; en esa medida lo estético no podría ser sinónimo de bello puesto que la belleza en si ya trae una

carga valorativa.

Otro aspecto importante a considerar adicional al etimológico es el fenomenológico. En este nivel, indica Mandoki (2006) que “contemplativo” no ha sido el término más favorable para dar cuenta de la estesis; considera que da peso exagerado a la visualidad, niega implícitamente la global experiencia corporal del fenómeno estésico e ignora el lugar propiamente activo del sujeto.

Para Mandoki un concepto que podría dar cuenta de la fenomenología de la estesis sería el de *Prendamiento*¹. Este fenómeno experiencial está enmarcado en el seno de la interacción del sujeto con su objeto; es el componente que emerge de esta interacción y va permitiendo que el sujeto se vincule afectivamente con el objeto a punto de disfrutarlo tanto que genera *adherencia* al mismo. La autora nos dice así que el sujeto se acopla a la forma de su objeto a través de diversos registros de su experiencia, sean estos visuales, acústicos, verbales, kinestésicos; constituyéndose dicha experiencia en su totalidad en una experiencia corporal.

Adicionalmente, en relación con la vivencia del prendamiento, Mandoki encuentra un cierto paralelismo con la sensación de absorción que Huizinga plantea es la que vive el ser humano respecto al juego, situación que convoca a pensar más en un *deleite que compromete al ser humano con su actividad, y no esencialmente en un fenómeno donde se vivencia la belleza*.

En este punto resulta oportuno dar relevancia a un aspecto que propone Mandoki y que puede resultar importante para aquellas disciplinas que se interesen por la investigación del fenómeno estético de la cotidianidad. Así pues, desde la *Prosaica* se realiza una exploración de la estesis en los contextos de semiosis, específicamente en la comunicación y en los intercambios sociales. De ahí que busca analizar en el seno de los intercambios aquello que va más allá de lo que se transmite y se significa, y explora entonces aquello que concierne al “cómo” de la interacción. *La prosaica* se pregunta por aquello que logra seducir y atraer generando adherencia o incluso conmovimiento. En suma, estudia todo aquello que se juega en el plano de la sensibilidad en el contexto de la comunicación y de las relaciones *co-subjetivas*.

Para Mandoki, son entonces los eventos semióticos aquello a observar. La semiosis, sin embargo, es condición necesaria pero no suficiente para la estesis. Surge entonces la pregunta ¿Cómo un evento semiótico puede transformarse en un evento estésico?

Aclara la autora que el evento semiótico opera sobre el plano del reconocimiento del importe informativo generando una forma particular de recepción en donde la sensibilidad y la cognición operan en un nivel en el cual se intenta el desciframiento y categorización de la información. Para que un evento estésico y su consecuente prendamiento tenga lugar debe haber un rebasamiento del importe informativo perceptual, de manera que el sujeto pueda ponerlo en

¹ Como polo opuesto del espectro fenomenológico que posibilita la estesis se tiene el prendamiento, experiencia, la cual describe la autora (2006, p 92) como “envenenamiento estésico, pérdida de esa capacidad del libre juego, y el embotamiento o lesión de la sensibilidad por la violencia estética”.

“suspensión” y otorgar un valor adicional a este evento, de ahí que pueda producirse un *desinterés semiótico* que se trueque en un nuevo *interés estético*.

1.2. 3. La condición sensible del bebé

Otro aspecto que Mandoki sugiere es que en la red semiótica que se va tejiendo entre el bebé y la madre se va afinando el prendamiento estético; se va conformando lo que la autora denomina una *apetencia vehemente* hacia los otros y hacia los objetos del mundo. Para Mandoki, el amamantamiento en tanto prolongación metafórica, es un evento especial en el cual se enraízan las primeras posibilidades del bebé de vincularse estéticamente con el mundo, se constituye así en cigoto de la semiosis y de la estesis.

Otra mirada que aporta al estudio de la condición sensible del bebé es la de Ellen Dissanayake. Esta autora se ha interesado en conceptualizar los orígenes evolutivos del arte y arguye que lo que ha sido evolutivamente importante es un “hacer especial y apreciar lo especial”. Sus observaciones transculturales le han permitido suponer que el estatus de especial surge cuando se produce un desvío del orden esperado, de lo normativo y netamente pautado. Un desvío no azaroso al que subyace un control de la forma y del ritmo, en donde el ser humano expresa su necesidad de libre manipulación del espacio y del tiempo (Dissanayake 2001).

Dissanayake (2000b, 2008) encuentra que esta tendencia del ser humano para “hacer algo especial” y para “elaborarlo” tiene origen y relación con las elaboraciones multimedia y las capacidades rítmico-modales que se evidencian en las interacciones entre madre y bebé². Su hipótesis es que las tempranas interacciones entre madre y bebé han sido relevantes en la génesis de las artes temporales. La autora argumenta lo anterior planteando que los elementos u operaciones propias a la musicalidad comunicativa –concepto que se explicará en otro apartado– son los orígenes de las capacidades utilizadas posteriormente por los seres humanos para hacer y vincularse con las artes temporales. Plantea la autora, que estas operaciones presentes en las interacciones tempranas permiten coordinar comportamiento y emoción y fortalecer el vínculo en la diada.

Dissanayake considera entonces que es a partir de estos primeros estados de mutualidad que se gestaron las capacidades para las artes temporales en el ser humano. Aún cuando en este estudio no se busca explorar el camino hacia las artes, las investigaciones de esta autora permiten pensar que puede resultar fructífero indagar el despliegue de la condición sensible del bebé a partir del análisis minucioso de su participación en los encuentros con el adulto. Ambas, Mandoki y Dissanayake otorgan un lugar privilegiado a la dimensión corporal en relación con el evento estético, será pues el camino de la corporalidad y el de sus movimientos el foco de atención para ahondar en la comprensión de la condición de estesis del bebé en su cotidiana interacción con los adultos.

1.2. LA CONSTITUCIÓN DEL SÍ MISMO Y LA CORPORALIDAD DEL BEBÉ

² En el capítulo “El encuentro entre el bebé y el adulto” se profundizará sobre las características que esta autora ha identificado al respecto.

En las últimas décadas, gran proliferación de psicólogos se han avocado a la comprensión de las tempranas competencias del bebé y de programas pre-adaptativos considerando que éstos son ejes sobre los cuales se despliega el desarrollo psicológico. Otros psicólogos del desarrollo se han orientado hacia la comprensión de la génesis de la intersubjetividad en el bebé y la posibilidad que tiene ésta de constituirse en fundamento de posteriores conquistas en ámbitos como el de la semiosis y el de la formación simbólica. Finalmente, otros proponen una concepción del desarrollo psicológico que, si bien contempla el vínculo intersubjetivo con el otro, da mayor preeminencia a la comprensión de la génesis y organización de la vivencia que tiene el bebé de sus experiencias, tanto consigo mismo y con el universo que le circunda. Tales son las perspectivas de Stern (1985/1991) y la de Rochat (2000/2004, 2003, 2004, 2007).

Estos autores se han dado a la tarea de reinterpretar los innumerables datos y hallazgos de múltiples líneas de investigación en torno a las diversas y tempranas construcciones que realiza el infante, bajo *un principio organizador que remite no sólo a la vertiente de conquista externa sino ante todo a la experiencia subjetiva que subyace a tales conquistas: el sentido de sí mismo.*

Concebir un *sí mismo* que emerge muy temprano en el desarrollo como *principio organizador de la vida psicológica* ha representado un quebrantamiento paradigmático en la historia de la psicología y del psicoanálisis puesto que tradicionalmente, y particularmente en las primeras décadas del siglo XX, importantes autores como Piaget, Wallon y Freud atribuían al bebé un estado de indiferenciación psicológica respecto de la madre, y remitían a pensar las progresivas construcciones del bebé en la vía de diferenciarse del mundo externo y de organizar un mundo perceptual que en primera instancia era vivenciado de manera desorganizada y que no le permitía integrar sus múltiples vivencias.

Atribuir al bebé la capacidad paulatina de ir enriqueciendo un *sí mismo* durante su primer año de vida, tal como nos muestran Stern y Rochat, no es sobreestimar sus posibilidades. Todo lo contrario. Ambos hacen referencia a un minucioso proceso genético que puede ser inteligible si se va considerando la confluencia de pequeños hitos en diversos momentos de su desarrollo y su repercusión sobre la experiencia del bebé. Antes de pasar a considerar esto, es necesario explicitar lo que Stern (1991) considera como el sentido de sí y más aún, especificar qué sentido de sí puede haber en un infante.

En primera instancia, el *sí mismo* refiere a un fenómeno que subsiste durante toda la vida como realidad subjetiva, que opera fuera de la percatación consciente aunque puede ser llevado a la consciencia. No obstante, en el caso del infante refiere a un *patrón constante de percatación* (no autorreflexivo, y en este sentido no factible de ser llevado a la conciencia) que aparece a partir de la actividad y de los procesos mentales del infante, y que va progresivamente consolidándose y enriqueciéndose en la medida en que van emergiendo nuevas capacidades y aptitudes en el bebé.

Stern describe cuatro diversos sentidos de *sí mismo* que van emergiendo desde el

nacimiento hasta los dos años, aproximadamente, y que dependen de la relación que el bebé va instaurando y organizando consigo mismo, con los otros y con los objetos. Aunque Stern da prevalencia a las experiencias sociales del bebé y a la forma en que se vive a sí mismo en la relación con el otro.

Este autor plantea que cada sentido de sí mismo (emergente, nuclear, subjetivo y verbal) torna posible nuevas perspectivas organizadoras de sí y del otro, cada uno contiene el anterior y las experiencias relativas a cada uno de ellos no desaparecen sino que se integran en el siguiente. Todos los sentidos de sí mismo continúan creciendo y coexistiendo durante todo el ciclo vital, no son etapas y tampoco son estados conceptuales (al menos los primeros tres) puesto que aún no hay capacidades lingüísticas que le permitan al bebé referirse autorreflexivamente a sí mismo.

En este capítulo se presentarán en detalle los dos primeros sentidos de sí mismo. Dado que el rango de edades de los bebés que se observaron en este estudio está entre los 4 y los 7 meses, resulta pertinente comprender las construcciones psicológicas en relación con el sentido de sí mismo relativas a ese momento temprano del desarrollo.

1.2.1. Sentido de sí emergente/ Percepción de sí, durante los primeros dos meses de vida

Uno de los aspectos de mayor coincidencia en la perspectiva teórica de Stern y Rochat es el hecho de que reconozcan que el bebé constituye de manera preliminar, incluso desde el vientre materno, “una percepción de sí” pre-lingüística antes que un “reconocimiento de sí” lingüístico. Para ambos, en esta construcción psicológica se encuentran los precursores de la posibilidad del bebé de vincularse en intercambios intersubjetivos. En este apartado se retomarán los planteamientos que cada autor realiza respecto a la temprana constitución de una percepción de sí y sobre aquello que sucede en la vida subjetiva del infante durante sus primeros meses de vida.

Dado que el eje de este estudio es la caracterización de la participación corporal del bebé en el encuentro con el adulto, resulta fundamental explicar cómo comprenden estos autores la relación mente y cuerpo y cómo la interrelación entre estos dos últimos da cuenta de la progresiva constitución de un sentido de sí en el bebé.

El aspecto más pertinente de mencionar en esta instancia, es que para ambos es imposible referir la comprensión de la vida mental del bebé aislada de sus construcciones y posibilidades corporales. Al respecto Rochat (2000/2004, p 51) refiere: *“la vida mental se asienta en el cuerpo físico: ideas, pensamientos y emociones no son sistemas etéreos que existan por encima y más allá de cómo funcione y se organice el cuerpo”*.

Uno de los principales argumentos que se encuentra en ambos autores es que el recién nacido ya cuenta con capacidades que le permiten desarrollar *un sentido de su cuerpo* como diferenciado del medio externo. Agregan que diversidad de

experimentos propios y de otros investigadores demuestran que el bebé tempranamente va evidenciando tener un sentido de su cuerpo como entidad organizada, situada en el entorno y que desarrolla su propia actividad.

1.2.1.1. La temprana constitución del yo desde la perceptiva de Rochat

Durante los primeros dos meses de vida, el bebé comienza a organizar una estructura invariable de sí, más no mediado por un proceso representacional como lo podría hacer más adelante, sino mediado por un proceso perceptual. Al respecto dice Rochat (2000/2004) *“El cuerpo es permanente a diferencia de los otros y los objetos... desde el nacimiento el cuerpo es el compañero de todas las experiencias psicológicas”*. En este sentido, indica que son las más íntimas experiencias con su cuerpo aquellas que le van permitiendo construir y organizar esta estructura invariable de sí, en la medida en que también va constituyendo mayores posibilidades en su corporalidad.

Rochat (2004) recopila una serie de estudios empíricos que avalan el planteamiento de que al nacer el bebé cuenta con la capacidad de percibir mundos sensorialmente integrados. De igual forma, indica que desde su nacimiento y hasta antes ya ha tenido la oportunidad no sólo de percibir estímulos externos³, también ha tenido la oportunidad de percibir su propia vitalidad (respiración, ritmo cardíaco) y gracias a su sentido de la propiocepción se puede percatar tempranamente de sus propios movimientos. Estos aspectos en su conjunto, le van permitiendo especificar su propio cuerpo.

¿De qué manera entonces puede el bebé ir especificando su cuerpo durante los primeros dos meses?

Rochat (2004, p 66) ofrece un bello y claro ejemplo de la forma en que, a través de las **experiencias de tacto doble** (de tocar y ser tocado que sólo ocurre cuando una parte de nuestro cuerpo toca otra parte de nosotros mismos) y de las cualidades de la percepción, el bebé va configurando aquello que siempre permanece en su cuerpo por oposición a las presencias intermitentes y ausencias tanto de sus cuidadores como de los objetos que éstos le presentan o que eventualmente se encuentran en su entorno.

“Cuando el niño agita las manos siente cómo se mueven y lo siente exactamente al mismo tiempo que las puede ver moviéndose ante él o sentir cómo una toca la otra ... El movimiento es una coreografía de lo que el niño siente adentro...los movimientos objetivan los sentimientos de su propia vitalidad”.

³ Boris Cyrulnik (2001), neuropsiquiatra y etólogo, ha incursionado en el campo de las investigaciones intrauterinas y gracias a sus hallazgos pueden comenzar a pensarse aquellas construcciones que el bebé realiza incluso desde el vientre materno. Este investigador francés explica que a partir de ecografías realizadas a madres en su séptimo mes de embarazo, encuentra que ya hay ciertos perfiles comportamentales claros. Cuando los médicos colocan el doppler sobre el vientre de la madre algunos niños siempre mueven los pies y otros siempre mueven las manos. Así mismo, se encuentra que cuando se les pide a las madres que canten una canción, los bebés en general succionan el pulgar y el corazón se les acelera de 140 a 180, y al pedirles que lo haga nuevamente desacelera nuevamente el corazón de 180 a 160. En este sentido, se podría hablar de que ya hay una incipiente discriminación de los estímulos externos por parte del bebé.

Rochat (2000/2004) da un lugar privilegiado al **proceso de propiocepción** en este proceso de especificación del propio cuerpo. La propiocepción es la percepción basada en la información aportada por receptores que están en contacto con los músculos y las articulaciones que proporcionan un seguimiento on-line de las variaciones de las tensiones y del momento de la fuerza. La propiocepción específica de forma exclusiva al propio cuerpo, es el sistema por el que uno sabe dónde está cada una de sus extremidades en relación con el cuerpo e informa de los propios movimientos. Rochat afirma que la propiocepción es la modalidad del yo por excelencia y que es el proceso mediante el cual el bebé puede delimitar la estructura del cuerpo y relacionar las partes del mismo entre sí. Profundiza al respecto, explicando que el bebé tiene la posibilidad de experimentar por propiocepción sus movimientos y de verlos de manera simultánea, experiencia única que no tiene lugar frente los movimientos de las personas o las cosas. Así pues, desde que nace el bebé experimenta de forma diferente aquellos movimientos autoproducidos que provienen de su espontaneidad y aquellos que provienen del medio externo.

En este proceso colabora la posibilidad del bebé de percibir la experiencia de manera unificada gracias a su capacidad de **percepción intermodal** o coordinación de las diferentes modalidades sensoriales entre sí que nos permiten una percepción unificada del mundo y por tanto constituir un sentido de nuestro cuerpo. Tal percepción para Rochat no resulta de una coordinación progresiva, sino que indica que desde que nacen los bebés cuentan con sistemas sensoriales que trabajan al unísono permitiéndole especificar un mundo unificado. Explica el autor que éste es un proceso perceptivo que no implica conciencia cognitiva de orden superior, pero que le permite al bebé avanzar hacia una conciencia perceptiva de su cuerpo. Esta conciencia descansa sobre la diferenciación perceptiva de las experiencias sensoriales concretas que acompañan a los movimientos corporales de producción propia.

Explica también que la acción autoproducida del bebé y sus autoexploraciones se acompañan siempre de la experiencia de una contingencia única y una percepción análoga en todas las modalidades, aspecto que favorece que el bebé pueda especificar su propio cuerpo y realizar **un calibrado intermodal**. De esta manera, los bebés adquieren autoconciencia mediante la detección de lo que es común entre todos los medios de percepción.

Uno de los aspectos más contundentes de la evidencia empírica ofrecida por Rochat (2000/2004, 2007) es el mostrar que los primeros movimientos del bebé si bien aún no están orientados por un proceso intencional, no son desorganizados ni espasmódicos. El autor da cuenta de tres niveles básicos del control del movimiento en el bebé. Indica que el bebé viene al mundo con un repertorio de conductas bastante organizado que no está simplemente conformado por *acciones reflejas*. Define a las acciones reflejas como respuestas al estímulo altamente predecibles, automáticas, disparadas por circunstancias no especificadas. Las describe también como sistemas de control cerrados y plantea que aseguran el funcionamiento fisiológico básico.

Pero el recién nacido cuenta también con un repertorio de *sistemas de acción organizados* (la succión, el agarre, la capacidad de voltear la cabeza, las respuestas de búsqueda llevándose la mano a la boca) que caracteriza como orientados hacia metas funcionales particulares -a diferencia de los reflejos-, capaces de organizarse con base a experiencias previas y de ajustarse a nuevas circunstancias dando lugar al aprendizaje. Señala también, que son movimientos con discriminación y preferencia en los cuales el control aún no es intencional aún cuando sí se orienten intrínsecamente hacia recursos específicos del ambiente. En este sentido, son sistemas con los cuales el bebé comienza a explorar activamente su entorno y con los cuales se orienta especialmente ante los estímulos novedosos.

Finalmente, y tal vez uno de los aspectos más interesantes, es su señalamiento de que estos sistemas -a diferencia de las acciones intencionales que irá construyendo el bebé más adelante- no dependen de la comunicación recíproca entre madre y bebé, ni de la experiencia compartida con los otros seres humanos. Para Rochat (2004), las acciones intencionales serán construidas por el bebé en el contexto de aquellos intercambios comunicativos cara a cara entre madre y bebé entre los 2 y los 8 meses de vida.

Por el momento, y en relación con el estudio que se llevará a cabo, vale la pena preguntarse si sólo es posible referirse a las construcción de acciones intencionales en el contexto de estos intercambios diádicos, o si valdría la pena diferenciar la organización de movimientos intencionales en el bebé que no sean necesariamente acciones. Nos adentraremos en este tema en el capítulo 2. Ahora, un aspecto que resulta necesario de explicitar antes de continuar es el hecho de que Rochat (2004) no hace una diferenciación del concepto acción y movimiento, que para el caso de este estudio resulta necesaria. La argumentación sobre esta idea se realizará en el capítulo referido al estudio del movimiento.

1.2.1.2. El sentido de sí emergente

Hay consenso en la literatura en psicología del desarrollo que hacia los 2 meses se observa un salto enorme en la conducta social del bebé que parece comenzar a ser responsivo y a estar muy atento al adulto, aparece la primer sonrisa social, comienza a responder a movimientos faciales y corporales presentados rítmicamente, comienzan a aparecer miradas mutuas más prolongadas entre madre y bebé. No obstante, estos son comportamientos sociales observables que en sí mismos no dan cuenta del proceso psicológico que los sustenta. Es pertinente preguntarse entonces ¿qué organización psicológica previa posibilita estos cambios observables en la conducta el bebé hacia los 2 meses? Para Stern, es el sentido de sí emergente la organización psicológica que posibilita esta revolución.

Refiere Stern (1991) a un sentido de la organización en proceso formativo, siendo claro al plantear que aún no se logra un sentido global del sí mismo, se está en camino hacia él. Este sentido de sí, es el proceso mismo de la entrada en el ser de la organización de las experiencias subjetivas; dentro de estos sucesos se incluyen percepciones, afectos, cogniciones y acontecimientos sensoriomotores. El bebé a diferencia del adulto, quien puede experimentarlas como unidades subjetivas

diferenciadas, las experimenta de manera unificada. Es necesario entonces reconocer las posibilidades psicológicas que tiene el bebé de integrar estas diversas experiencias subjetivas a través de un camino que no sea el lenguaje verbal. Esta organización de las experiencias, para Stern, constituye el punto de referencia de su primer sentido de sí, es la posibilidad que tiene el bebé de vivenciar un mundo externo organizado y de ir identificando invariantes en la experiencia de sí mismo e invariantes que le permiten especificar a ese otro que lo acompaña y le ofrece a la vez múltiples estimulaciones y posibilidades para vivirse a sí mismo.

¿Qué capacidades en el recién nacido fundamentan la temprana constitución de sentido de sí desde la perspectiva de Stern?

1. La Percepción Amodal: aclara Stern (1991) que ésta da cuenta de la capacidad de recepción (en tanto codificación) de los estímulos a partir de las propiedades amodales que los caracterizan, es decir, basados en las cualidades abstractas de la experiencia. Estas últimas se dilucidan mejor si se entiende que aquello que percibe el bebé, en primera instancia y según Stern, son intensidades y pautas temporales comunes a todas las modalidades sensoriales. En otras palabras, sin importar que sea una percepción, una sensación, una cognición, proveniente de una estimulación visual, auditiva y/o táctil, el bebé puede abstraer rasgos que le permiten coordinar la información que recibe. El bebé puede así reconocer la correspondencia que hay en la información de diversas modalidades sensoriales e incluso traducirla en términos de equivalencia entre una modalidad y otra. Esta capacidad le ayuda a experimentar de manera coherente el mundo externo y a integrar experiencias diversas.

2. La percepción de los afectos de la vitalidad: la capacidad de percibir rasgos amodales está ligada a la posibilidad que tiene el bebé de percibir los aspectos energéticos o afectos de la vitalidad vinculados con las experiencias. Estos constituyen cambios pautados o perfiles de activación del sentimiento en el tiempo relacionados con cualquier conducta o sensopercepción. Estos afectos son mejor aprehendidos por términos dinámicos como la agitación, el desvanecimiento, fugaz, explosivo, crescendo, decrescendo entre otros. Refiere Stern (1991) que pueden presentarse en presencia o ausencia de afectos categorías (o emociones básicas: miedo, interés, alegría, etc.) y le permiten al bebé vincular hechos diversos en la medida en que estos compartan la cualidad del sentimiento. Los afectos de la vitalidad están vinculados con la posibilidad que tiene el bebé de percibir sus experiencias de manera global y de ir identificando constelaciones invariantes en sí mismo y en el otro.

Toda la actividad del bebé, sus acciones y movimientos involucran un gran espectro de afectos de la vitalidad. Durante los primeros dos meses de vida del bebé, sus acciones reflejas, sus sistemas de acción organizados y en general su actividad autónoma espontánea o vinculada con el adulto, involucra los afectos de la vitalidad y constituye una oportunidad para percibirse a sí mismo y al otro de manera unificada. Así pues, se pueden vincular las experiencias ligadas al dominio de la experiencia motriz, la afectividad, la sensorialidad y la percepción en un todo indisociado, todos pueden ser percibidos como afectos de la vitalidad y tonos

hedónicos; de ahí que Stern (1991) plantee que el mundo social experimentando por el infante sea primariamente un mundo cargado de afectos de la vitalidad. Parece entonces que el bebé durante sus dos primeros meses de vida se encuentra activamente percibiendo lo que pasa consigo mismo en sus momentos de soledad y cuando está con el otro. Comienza a tejer su historia de vida a partir de su cuerpo y de lo que experimenta fenomenológicamente gracias a éste.

1.2.2. Otras consideraciones importantes sobre el bebé, desde su nacimiento hasta los 2 meses

Algunos de los aspectos que mayor consideración deben tener, cuando se trata de comprender el desarrollo psicológico del bebé y las tempranas coordinaciones que va estableciendo con su entorno, son sus estados de consciencia. Desde hace un par décadas, Brazelton (1993) viene acentuando la importancia de conocer los estados de consciencia del neonato aún cuando sea una disposición biológica con la cual nace el bebé. El autor refiere unos incipientes ritmos bajo los cuales puede comenzar a organizarse la vida del bebé.

A partir de la autoregulación que el bebé comienza a hacer de sus propios ritmos, favorecido por las intervenciones de los adultos que le rodean, puede observarse una transición hacia sus primeras construcciones psicológicas y sus primeras coordinaciones con las personas. Es importante tener en cuenta esto porque en primera instancia pone en cuestión la idea de una predisposición a la sintonía por parte del bebé hacia el adulto que se despliega simplemente. Permite considerar, tal y como lo hizo Kaye (1982), que no es una coordinación inmediata de ritmos lo que se encuentra entre bebé y adulto, sino una coordinación progresiva lo que se va dando a partir de la posibilidad que tiene el adulto de comprender los iniciales estados de consciencia del bebé e intervenir cuando resulta más oportuno.

¿Cómo pensar la transición de lo biológico a lo psicológico en el principio de la vida y cómo se relaciona ello con las primeras construcciones en torno al sentido de sí planteadas por Stern y Rochat?

Lo primero a comprender es que la catalogación de los estados de consciencia está referida al nivel de accesibilidad del recién nacido. Esos estados oscilan entre estados de sueño profundo y liviano, a un estado semiconsciente, luego a un estado alerta muy accesible, pasando a un estado de inquietud, y por último al llanto incontrolable. De acuerdo con Brazelton (1993), el estado de consciencia afecta la clase y el grado de respuesta que pueden producir los bebés, de ahí que esté estrechamente ligado a su sensibilidad frente a los estímulos del mundo. Para cada bebé, desde que nace, habrá una gama de estímulos que le resultarán más o menos tolerables, apacibles, confortantes o por el contrario intrusivas. No es algo homogéneo pero incidirá sobre la vinculación que los padres pueda comenzar a tener con el bebé.

Brazelton (1993) afirma que si bien los recién nacidos cuando se les convoca para que presten atención pueden en cierto grado mantener el control de sus estados y regular toda su corporalidad y movimiento para comenzar a suprimir conductas reflejas, hay otro tipo de regulaciones que deben constituir estando a solas. Ilustra

lo anterior explicando que llegar dormir por un periodo de 4 horas le implica al recién nacido cierto aprendizaje de cómo dominar los ciclos de sueño activo y los de sueño profundo. Es decir, el bebé aprende progresivamente a dominar los estímulos del medio para no despertarse y esto es posible porque los bebés desarrollan patrones de conducta para autoconfortarse. Brazelton destaca el hecho de que los bebés se chupen los dedos y se busquen posturas más cómodas cuando tratan de pasar de un estado de sueño ligero a uno de sueño profundo.

Es importante comenzar a pensar cómo las primeras regulaciones son agenciadas por el bebé. Aún cuando sean favorecidas por sus cuidadores, es él quien debe organizarse desde el principio de forma tal que pueda comenzar a prestar cada vez más atención a los estímulos de su entorno.

Es importante recordar también que Damasio (2000) considera a la vigilia y a la atención como signos concurrentes con la consciencia. En relación con esta idea, es necesario percatarse de que los niveles de atención en el bebé van aumentando conforme él consigue regular sus estados, para ello es preciso que avance en la constitución de su sí mismo, en tanto organización corporal o percepción de sí mismo. También es importante recordar que no todos los bebés tienen los mismos umbrales de sensibilidad y en función de ellos será posible hablar de coordinación de unos primeros ritmos entre madre y bebé. Hay bebés hipersensibles, a quienes les cuesta mucho regular sus iniciales estados de consciencia y con quienes las interacciones se hacen muy complejas en tanto se hacen más difíciles de comprender. Ahora, si bien es cierto que el bebé agencia una capacidad de autoregulación, también es cierto que la madre puede contener al bebé y es quien puede descubrir cómo mantenerlo en estados de alerta cada vez más prolongados, favoreciendo el establecimiento de ciertos ritmos conjuntos.

Es significativo recordar, tal y como se ha mencionado antes, que de acuerdo con Rochat (2000/2004, 2004) durante los dos primeros meses de vida ya es posible hablar de una conducta organizada en el bebé, aspecto que coincide con los planteamientos de Brazelton. Para Rochat los sistemas de acción se organizan en torno a “objetivos funcionales orales”, y lo interesante es que el bebé no sólo va construyendo esquemas de succión con los objetos, también dirige su mano a la boca para reconfortarse. La coordinación a un cierto nivel está controlada en este momento del desarrollo tal y como lo muestran los experimentos de Rochat (2004): después de dejar caer una gota de sacarosa a la boca del neonato, se encuentra que éste se lleva sistemáticamente la mano a la boca y mantiene contacto por largos periodos de tiempo, produciéndose en él un estado de calma generalizada.

Plantea Rochat (2000/2004) que la boca es la fuerza primordial del desarrollo temprano y es bastante llamativo que lo enuncie de esta forma puesto que para Mandoki (2006) el prendamiento está derivado de la experiencia corporal del crío al prendarse del pezón de la madre. Para ella se trata de una actividad y no de una actitud que abarca desde el leve adormecimiento plácido en el seno de algo reconfortante hasta la apetencia apasionada.

Continuando con la idea de un bebé que desde muy temprano tiene la posibilidad

de ir agenciado la organización de sus estados y de su conducta, vale la pena comenzar a pensar el lugar del adulto frente a este bebé que no se muestra simplemente pasivo ante las estimulaciones. Investigadores como Rivière (1999/2003) han propuesto que la conducta organizada del bebé va a favorecer la constitución una primera experiencia de ritmos compartidos: la del amamantamiento. Este autor destaca las observaciones de Kaye (1982) en relación con la succión y concede valor a su idea de que el bebé humano es el único mamífero que succiona por rachas al alimentarse de modo que se produce una alternancia succión -pausa. De igual forma, considera relevante la idea de que la pausa que realiza el bebé tiende a provocar la intervención materna y la interrupción de ésta tiende a provocar la siguiente serie de succiones. Para Kaye es la madre quien adapta su intervención a la actividad del bebé, de manera que para él tenga un efecto predecible.

En el estudio que se propone en esta tesis, resulta pertinente continuar explorando la perspectiva de análisis microgenético en situaciones de interacción entre el bebé y sus padres, de forma tal que al caracterizar minuciosamente la participación del bebé se pueda comprender en mayor profundidad cómo se despliega y se organizan sus movimientos y su actividad en general en relación con los ofrecimientos y las estimulaciones de los padres. También resulta interesante indagar cómo el bebé comienza a involucrarse en este tipo de interacciones, con qué recursos cuenta a nivel de su consciencia corporal y de la constitución de sí mismo, que lo favorecen en sus conquistas hacia la consolidación de una participación cada vez más activa.

1.2.3. Invariantes del sí mismo en el bebé entre los 2-7 meses

El periodo entre los 2 meses y los 7 meses de vida del bebé es reconocido por sus semejanzas en las expresiones comportamentales. No obstante, la comprensión de aquello que sucede psicológicamente en el bebé puede variar de autor a autor. Rochat (2000/2004) y Stern (1991) continúan teniendo ante estos hitos del desarrollo ejes de convergencia pese a los diferentes matices en cada interpretación.

Rochat (2004), a partir de diversos experimentos, pudo poner en evidencia la capacidad de los bebés para desarrollar expectativas en relación a sus movimientos y de percibir su cuerpo como un todo organizado. Encontró que hacia los 3 meses, los bebés comienzan a desarrollar expectativas muy precisas en relación a la dirección que toman algunos de los movimientos de su cuerpo, por ejemplo el de sus piernas, también encontró que demostraban un reconocimiento de la posición de éstas. A partir de estos hallazgos, afirma que a esta edad ya distinguen qué corresponde a su experiencia corporal. Así pues, parece ser que se observan grandes avances a nivel de la propiocepción y del “calibrado intermodal” que le permiten al niño comenzar a constituir una percepción de sí cada vez más integrada.

Uno de los aspectos que Rochat (2000/2004) considera fundamental para esta integración es la capacidad del bebé para desarrollar un sentido de lo que puede hacer con su cuerpo, y asimismo, un sentimiento de que puede ser eficaz con éste,

tanto en el entorno como hacia las otras personas. Se refiere a la posibilidad del bebé de experimentarse como un agente que puede incidir sobre otros, aspecto con el cual Stern (1991) coincide claramente, pero al cual también refiere como autoría de los actos e interpreta como articulador de otros procesos que serán abordados más adelante. También coincide Rochat con la idea de Damasio (2000/2004) de que se necesita sentirse dueño de la experiencia; de esta manera, la *agencialidad no estaría dada por el resultado que se genera con la acción, sino por la sensación de que se puede generar dichos efectos.*

Para Rochat (2007), la posibilidad que constituye el bebé de vivirse agente de sus acciones está ligado al desarrollo de la acción intencional. Esta tiene para el autor claras raíces sociales: sostiene que la *reciprocidad es el mecanismo que permite a los niños constituirse en seres intencionales.* Dice: “los bebés primero aprenden a ser intencionales en la comunicación, eventualmente generalizan este aprendizaje a sus transacciones con los objetos”. (Rochat 2007, p 14)

Un aspecto al cual Rochat (2000/2004, 2004) alude, sin desarrollar aún de manera muy profunda, es el hecho de cómo el bebé va constituyendo los rudimentos de lo que llama “una actitud contemplativa” hacia su cuerpo y una sensibilidad hacia las experiencias lúdicas. La orientación del infante hacia la exploración de sí mismo o escenas de embelesamiento hacia la propia acción, en palabras de Rochat, parecen surgir cronológicamente antes que la capacidad del niño para realizar *entonamientos afectivos* pero posteriormente al primer momento de organización de un sentido de sí. Esto contrastaría con el planteamiento de Werner y Kaplan, citado en Español (2005), de que la actitud contemplativa en el niño surge en primera instancia hacia los objetos, cuando se observa que cambia su forma de relacionarse con éstos y pasan de ser cosas para la acción a “objetos de contemplación”.

Indica Rochat (2007) que, hacia los 6 meses de edad, al que denomina “el tiempo de las protoconversaciones”, los bebés comienzan a manifestar un estado contemplativo hacia los objetos y hacia sí mismos como agentes en el entorno, aclarando que hace referencia a un estado contemplativo y recíproco en tanto opuesto al estado inmediato de los recién nacidos, sumergidos en el aquí y ahora de la percepción y la acción. Añade igualmente, que es un estado ligado a la expectativa y a la exploración sistemática de los eventos físicos y que surge en los intercambios recíprocos con otros intencionales. Particularmente interesante para esta tesis es el peso que le da al hecho de que en las actividades exploratorias sobre los objetos y en la comunicación recíproca con los otros, se dan ciertas pausas o suspensiones momentáneas de la acción para contemplar los efectos de la acción en el objeto o en los otros.

Desde la perspectiva de este autor, existe una conexión entre el sentimiento de agencia que el bebé va experimentando y la emergencia de lo que considera una actitud contemplativa. Expresa abiertamente que para él, el *self interpersonal*, es el elemento constitutivo del estado contemplativo y la piedra angular de la intencionalidad.

Es necesario tener en cuenta dos aspectos de la propuesta de Rochat que serán discutidos a partir del estudio empírico llevado a cabo en esta tesis. El primero de ellos se ha venido anticipando y tiene que ver con el tipo de intercambios sociales a los cuales alude Rochat (2007): para el autor estos intercambios son comunicativos en tanto se caracterizan por su organización temporal: el formato de toma de turnos, en el cual cada quien toma el rol de productor o de receptor de signos, los cuales pueden ser expresiones emocionales, gestos, miradas contingentes, entre otros, que le pueden permitir al bebé discriminar aquellas acciones que pueden ser intencionales en el adulto respecto aquellas accidentales ¿Será éste el único formato de intercambio bajo el cual puede emerger la intencionalidad en el bebé? ¿ la intencionalidad en el bebé estará exclusivamente ligada a las acciones con los objetos o a la comunicación con las personas?

El segundo punto refiere a la expresión *Estado Contemplativo*, puesto que vale preguntarse, retomando la discusión de Mandoki (2006) en torno al concepto de lo contemplativo en la teoría estética, si los estados de pausa y detenimiento de la acción ligados a la expectativa frente a sus consecuencias, a los cuales hace referencia Rochat (2000/2004, 2004), serán simplemente estados visuales-contemplativos, puesto que en el concepto contemplativo el peso recae de manera implícita sobre lo visual. Sería interesante explorar si hay otra gama de aspectos corporales involucrados en estos estados y no simplemente componentes visuales.

Stern (1991) por su parte, considera que en este lapso de tiempo (2 a 7 meses) el bebé constituye *Un Sentido de Sí Nuclear*, sin que ello signifique que su anterior sentido de sí emergente desaparezca; sostiene más bien que se integra en esta nueva modalidad de percibirse a sí mismo. Stern (1991, p 44) nos introduce a pensar este nuevo sentido de sí: *“es un sí mismo físico, experimentado como una entidad física, coherente, volitiva, con una vida e historia afectiva únicas que le pertenecen (...) En general opera fuera de la percatación. Se da por sentado, e incluso resulta difícil verbalizar acerca de él...es una perspectiva que reposa en el funcionamiento de múltiples capacidades interpersonales”*.

Es entonces una integración experiencial antes que una construcción representacional. Es indiscutiblemente una organización cuyo eje es la corporalidad en construcción del bebé lo que va permitiendo que las características anteriormente mencionadas se constituyan en las invariantes (aquello que no cambia) del sí mismo y del otro.

De acuerdo con Stern (1991), una de las tendencias mentales centrales que el bebé despliega pronto es la tendencia a ordenar el mundo buscando invariantes. Todas estas invariantes que el bebé construye de manera temprana en el desarrollo perduran en su vida y se constituyen en factores cruciales de la identidad psicológica de un adulto.

A continuación se expondrá de manera sintética en qué consiste para Stern cada una de las invariantes del sí mismo que el bebé conquista entre los 2 y los 6 meses y posteriormente se ampliará la argumentación sobre la invariante de la agencialidad y de la coherencia del sí mismo, que son puntos cruciales en la

investigación empírica realizada.

1. Agencialidad: refiere a la condición psicológica de vivirse agente o autor de las propias acciones y movimientos y no autor de las acciones y movimientos de los otros. Supone tener volición y control de la acción generada por el propio sujeto.

2. Coherencia del sí mismo: refiere a la posibilidad de tener una vivencia de ser un todo físico, no fragmentado, con límites y un lugar de acción integrada durante el movimiento o la quietud.

3. Afectividad del sí mismo: refiere a la posibilidad que tiene el bebé de experimentar las cualidades interiores pautadas del sentimiento. Para cada emoción el bebé llega a reconocer y esperar una constelación característica de cosas que suceden en relación con las pautas motoras eferentes implicadas, las sensaciones de activación o excitación y las cualidades del sentimiento específicas para cada emoción. El bebé va pudiendo reconocer aquellos aspectos de su afectividad que le pertenecen y que resultan invariantes en los diferentes contextos y con distintos otros.

4. Historia del sí mismo: refiere al sentido de perdurar en el tiempo y a la posibilidad de vivirse en un seguir siendo y poder cambiar sin dejar de ser el mismo. La capacidad del infante necesaria para esta forma de continuidad es la memoria, ésta le permite integrar los diferentes rasgos de la experiencia vivida y que de manera temprana está ligada al sentimiento de agencialidad, de coherencia y a sus diversas experiencias afectivas.

1.2.3.1. La agencialidad del sí mismo

Es la construcción psicológica referente al sentimiento de autoría de la propia acción. Para Stern (1991) está posibilitada por tres condiciones que permiten al bebé ir especificando su condición de agente: a) el sentido de volición que precede todo acto motor b) la retroalimentación propioceptiva que tiene o no lugar durante el acto y c) la predictibilidad de las consecuencias que siguen al acto.

a) Sentido de volición: todos los movimientos de los músculos voluntarios están organizados en un nivel superior al reflejo y son precedidos por la elaboración de un plan motor que luego es ejecutado por los grupos musculares. La existencia del plan alcanza la percatación cuando su ejecución es inhibida.

b) Retroalimentación propioceptiva: los actos motores del infante son guiados por retroalimentación propioceptiva. Aclara Stern (1991) que la propiocepción es una invariante de la agencia de sí mismo, incluso cuando el bebé no actúa sino que sostiene cualquier postura oponiéndose a la gravedad.

Es preciso resaltar que la volición y la propiocepción pueden combinarse de diferentes modos según sea la experiencia en la cual se involucre el bebé: 1. cuando a partir de su acción el bebé experimenta volición y propiocepción (por ejemplo, el bebé se lleva el pulgar a la boca), 2. cuando el bebé experimenta una acción por voluntad de otro y no experimenta ni volición ni propiocepción (por

ejemplo cuando la madre le pone un chupete en la boca), 3. cuando el bebé experimenta una acción sobre el sí mismo por voluntad de otro y no experimenta volición pero sí propiocepción (por ejemplo la madre toma las manos del bebé y aplaude con ellas).

c) Predictibilidad de las consecuencias que siguen al acto: para prácticamente todas las acciones iniciadas por uno mismo hay una consecuencia sentida. Explica Stern (1991), basándose en evidencia empírica aportada por Watson (1979/1980), que las consecuencias de los actos del sí mismo sobre los otros determinan consecuencias menos seguras y un cuadro de refuerzos variable, mientras que las acciones sobre el sí mismo tienen un cuadro de refuerzos constante. Este aspecto permite al bebé discriminar entre los cuadros de refuerzo referentes a las propias acciones respecto a los relativos a las acciones que los otros le dirigen.

Rochat y Stern coinciden en resaltar los mismos componentes -volitivo, intencional y propioceptivo- en la construcción de la agencialidad. Coinciden también en indicar que la experiencia de agencialidad está al nivel de la percatación de sus posibilidades frente al mundo y no en el plano del simple accionar y ser efectivos, tal y como lo podían ser sus acciones reflejas y sus sistemas de acción organizados. Esta invariante representa un salto cualitativo abismal en su desarrollo psicológico, a partir de este reconocimiento de sí como agente se observa una transformación en su relación con los adultos, con los objetos y, ante todo, consigo mismo.

1.2.3.2. La coherencia del sí mismo

El bebé debe poder organizar el sentido de sí mismo y del otro como entidades coherentes, de lo contrario como lo plantea Stern(1985/1991), la agencia no tendría lugar de emplazamiento. Señala que son esencialmente cuatro los rasgos que pueden ayudar a establecer la coherencia del sí mismo: a)unidad de lugar, b)coherencia de movimiento, c)coherencia de la estructura temporal, d)coherencia de la estructura de intensidad, y e) coherencia de la forma. A continuación una breve explicación sobre cada uno de los rasgos.

a)Unidad de lugar: indica Stern que una entidad coherente tiene que estar en un lugar en un momento y sus diversas acciones tienen que provenir de dicho lugar. Señala también que de manera temprana, el bebé está en buena posición para advertir que las conductas específicas de otro tienen un lugar de origen separado del lugar ocupado por las conductas específicas de él mismo. Aclara que este rasgo es muy útil cuando la madre está lejos porque al estar muy cerca se pueden violar las expectativas. De esta manera es una invariante con valor limitado.

b)Coherencia de movimiento: las cosas que se mueven coherentemente en el tiempo forman una unidad, de manera que el infante puede sacar invariantes cuando los adultos o él mismo están en movimiento. Como indica Stern, por sí sola esta invariante también tendría valor limitado.

c) Coherencia de la estructura temporal: sugiere Stern que el tiempo proporciona una estructura organizadora que ayuda a identificar entidades diferentes puesto

que las diversas conductas realizadas por una persona de manera simultánea comparten una estructura temporal común, aspecto denominado por Condon y Ogston (1966) sincronía del sí mismo. Señala que todos los estímulos que provienen del sí mismo comparten una estructura temporal, mientras que los que emanan del otro comparten una estructura temporal distinta. Stern discute el planteamiento de Condon y Sander (1974) de que entre madre y bebé existe una sincronía interaccional además de la sincronía del sí mismo, en la cual los movimientos del bebé coordinan con la voz de la madre. Para Stern, este supuesto representa un problema puesto que de existir una sincronía interaccional no existirían estructuras temporales separadas y distintas. Dissanayake (1999) menciona un estudio de Beebe y Gerstman (1984), en el cual se documenta covariación entre los cambios en el “paquete maternal” y los cambios faciales y visuales del bebé, lo que les permitía confirmar el concepto de Condon y Sander sobre formas organizacionales compartidas (shared organizational forms).

Stern (2004), continúa reflexionando sobre el lugar que ocupa la sincronía en el desarrollo de la intersubjetividad; en relación con lo anterior plantea que, cuando las personas se mueven sincrónicamente o en coordinación temporal pueden participar de la experiencia del otro. Este autor y también Rochat (2007), dan relevancia al estudio de Jaffe y colegas (2001), en el cual se evidencia que bebés pre-verbales (entre 4 y 12 meses) pueden coordinar de manera precisa en el tiempo de inicio, de detenimiento y de pausa de sus vocalizaciones para crear duetos rítmicos y coordinaciones bidireccionales de sus diálogos vocales. Esto hace referencia a una idea de la sincronización en términos de precisión en el intercambio proto-comunicativo. No obstante, no se hace referencia a la posibilidad que puedan tener madre y bebé de sincronizar sus propios movimientos (y no sólo sus vocalizaciones) de manera conjunta, contemplando el impacto que pueden este tipo de intercambios tener sobre la constitución del sí mismo del bebé.

d) Coherencia de la estructura de intensidad: en las conductas que emanan de una persona -dice Stern- las modulaciones de la intensidad de una conducta o modalidad generalmente se asemejan a las gradaciones de la intensidad de otra conducta, de esta manera, todos los estímulos provenientes del sí mismo pueden compartir una estructura común de intensidad. Los bebés son capaces de percibir niveles comunes de intensidad en diferentes modalidades y pueden usar esa información para determinar la fuente (el sí mismo o el otro), de los hechos interpersonales.

e) Coherencia de la forma: refiere Stern que la forma del otro es una propiedad obvia que pertenece a alguien y puede servir para identificar a esa persona como entidad duradera y cohesiva. De igual forma, indica que el sistema perceptual del bebé parece capaz de seguir las huellas de la identidad de un objeto o persona a pesar de sus cambios de tamaño, distancia, orientación, posición, etc.

A continuación un recuadro que sintetiza la propuesta de Stern en relación con las invariantes del sí mismo.

Tabla 1

Invariantes del sí mismo Nuclear	Definición	Invariantes posibles de la experiencia	Capacidades que inciden en su construcción
Agencia del sí mismo	Sentido del bebé de ser autor de sus propias acciones. Sentido de volición que el bebé constituye en la medida en que desaparecen acciones reflejas.	<ol style="list-style-type: none"> 1. <i>Sentido de volición</i> que precede todo acto motor. 2. <i>Retroalimentación propioceptiva</i> durante el acto: el bebé identifica invariantes del sí mismo nuclear, otro nuclear y variantes del sí mismo estando con otro. 3. <i>Predictibilidad de las consecuencias</i> que siguen al acto. 4. Configura tres dimensiones de la <i>inferencia causal</i> en la infancia. Conocimiento rudimentario de las diferentes ocasiones o condiciones de la causalidad. 	<ol style="list-style-type: none"> 1. La presencia de plan motor tal como existe en la mente da lugar al sentido de volición 2. *El bebé experimenta propiocepción y volición: acción por propia voluntad (El bebé lleva su mano a la boca). *No experimenta propiocepción ni volición: acción por voluntad del otro (la madre pone el chupete en su boca). *Acciones en las que no experimenta volición pero si propiocepción (La madre toma las manos del bebé para hacer tortitas) 3. Las acciones iniciadas por el mismo tienen cuadros de refuerzo constante, las consecuencias sobre los otros pueden ser variables. 4. <i>Apreciación de las relaciones temporales</i> entre los hechos. <i>Apreciación de relaciones sensoriales</i> o capacidad de correlacionar intensidad o duración de una conducta con sus efectos y <i>apreciación de las relaciones espaciales</i> de una conducta y sus efectos: ayudan a separar el mundo de los efectos causados por uno mismo y efectos causados por el otro.
Coherencia del sí mismo	Experiencia del bebé de sentirse como un todo físico, con límites en el espacio y como fuente de acciones integradas antes que inconexas.	<ol style="list-style-type: none"> 1. Unidad de lugar. 2. Coherencia de Movimiento. 3. Coherencia de la estructura de la intensidad . 4. Coherencia de la estructura temporal. 5. Coherencia de la forma. 	<ol style="list-style-type: none"> 1. El bebé advierte que conductas específicas de otro ocupan un lugar de origen diferente a la de las propias. 2. El bebé es capaz de percibir los movimientos del otro como pertenecientes a un todo. 3. Todos los estímulos que provienen de sí comparten una intensidad común. El infante es capaz de percibir niveles comunes de intensidad en diferentes modalidades y puedan usar esa información para determinar si la fuente está en sí mismo o en el otro. 4. El bebé reconoce sincronía del sí mismo. Es decir, que partes separadas del cuerpo como extremidades, rostro y torso, se mueven sincrónicamente juntas en una fracción de segundo y la diferencia de la sincronía de otros. También otras entidades coherentes que tienen una estructura temporal común. 5. El sistema perceptual del bebé de manera temprana parece ser capaz de seguir las huellas de identidad de un objeto a pesar de sus cambios de tamaño, orientación, posición etc. Aptitudes realzadas por indicios recogidos gracias a la capacidad de apareamiento transmodal.

Afectividad del sí mismo	Posibilidad de experimentar cualidades interiores y pautadas del sentimiento, que tienen que ver con otras experiencias.	1. Perfil de activación: sensaciones internamente pautadas de excitación. 2. Cualidad del sentimiento subjetivo. 3. Retroalimentación propioceptiva de particulares pautas motoras eferentes que desembocan en el rostro, respiración y aparato vocal.	El bebé constituye 3 invariantes, en términos de aquello que siempre experimenta correlativo a la emoción: La constelación invariante del sí mismo propia a cada emoción se produce en diferentes contextos y con diferentes personas. El bebé constituye qué es invariante en la emoción en sí mismo así cambien los contextos y las personas.
Historia del sí mismo	Sentido de perdurar, de continuidad, de seguir siendo el mismo aún cuando hayan cambios.	1. Puede advertir las regularidades en el flujo de los acontecimientos. 2. Las tres invariantes anteriores se consolidan en una sola invariante, conservando una historia de sí con continuidad en el tiempo.	El bebé cuenta con sistemas mnémicos no basados en el lenguaje que operan muy temprano. Cuenta con una memoria motriz, perceptiva y afectiva.

Aún cuando Stern realice esta diferenciación, es claro que las cuatro invariantes se configuran para el bebé como una totalidad y le permiten ir ordenando su mundo desde muy temprano. De igual forma, es claro al plantear, que si bien gran cúmulo de estímulos provienen de sí mismo y de su movimiento espontáneo, otros tantos provienen de las personas, quienes a través de sus interacciones cotidianas generan múltiples oportunidades al infante de construir estas invariantes, y son asimismo reguladores de la atención y de la intensidad en que pueden producirse ciertos afectos.

No obstante, y pese a que el adulto tenga un importante lugar en tanto que fuente de estímulos y regulador, es el bebé quien integra los diferentes rasgos de las estímulos ofrecidos, y esto puede hacerlo, asevera Stern, gracias a que su memoria le permite conservar y reconstruir a manera de núcleo, los trazos que cada experiencia va marcando en sí mismo, sean estas percepciones, acciones o afectos. También, gracias a su activo rol dentro de las interacciones con el adulto va constituyendo una amplia posibilidad de regular las estimulaciones de los padres; será esta última vía uno los focos de atención en el estudio empírico que aquí se propone. Se tratará de indagar aquellos elementos de su corporalidad en los cuales se apoya el bebé para implicarse de múltiples maneras con los ofrecimientos de los

otros.

1.2.4. El sí mismo nuclear con los otros

Uno de los aspectos a destacar ahora es la importancia de la presencia del adulto y las estimulaciones que brinda -sus ofrecimientos- como oportunidades para que el bebé pueda avanzar en la construcción de su sí mismo. Esto representa un viraje de la mirada del adulto como un otro del cual el bebé debe de separarse y diferenciarse hacia un adulto con el cual el bebé puede construir y vivenciar experiencias que enriquecen su sí mismo. Implica también concebir al bebé como alguien que participa activamente con todo su cuerpo en la construcción de sí mismo y no sólo como alguien que recibe pasivamente la estimulación del adulto.

En primera instancia, cabe recordar que Stern (1991) señala los escenarios interactivos y particularmente las variaciones que realiza el cuidador, como oportunidades para que el bebé perciba las invariantes que identifican al sí mismo y al otro. Y que de igual forma reconoce que en estos escenarios interpersonales los bebés adquieren amplia experiencia de autorregulación de su nivel de excitación y del nivel de excitación que les procuran los cuidadores. Uno de los aspectos más interesantes que ha sugerido es que estar con otro puede experimentarse de muchos modos y a partir del encuentro con ese otro puede resultar una creación conjunta que no podría suceder sin los aportes de uno y otro. A estas creaciones conjuntas las denomina experiencias sí mismo/otro.

Por otro lado se encuentran los desarrollos de Reddy (2005 y 2008) en torno a lo que podría significar subjetivamente e implicar psicológicamente para el bebé ser el foco de atención del adulto. Para esta autora, ésta es la experiencia de atención más poderosa que cualquier persona puede experimentar en la medida en que no es necesario un objeto externo frente al cual compartir la atención. En esta vía, indica que de manera muy temprana el bebé manifiesta conciencia de la atención que los otros le dirigen. Tal vez uno de sus postulados más contundentes, en tanto constituye su explicación del mecanismo que posibilita el desarrollo y ampliación de la conciencia de los objetos de atención del adulto, es la idea de que la experiencia de la atención de otros sobre sí mismo en aquellas interacciones que involucran atención mutua, (y frecuentemente mirada mutua), es vital para comprender los futuros alcances y la naturaleza de la atencionalidad.

La concepción de Reddy (2005, 2008) sobre el desarrollo de la atención controvierte aquellas posturas que consideran que la conciencia de la atención en el bebé es un logro de la atención conjunta y por tanto algo que emerge en contextos interaccionales triádicos. En este sentido, considera que esta primera conciencia de la atención de un adulto no la conquista el bebé por una deducción intelectual, tampoco como parte de un reconocimiento empático de lo que es ver. Para Reddy la atención es primero y ante todo una experiencia que el bebé puede sentir. A sus ideas subyace una comprensión particular de la naturaleza de la atención en la cual resulta imposible trazar una tajante línea divisoria entre los aspectos mentales y los comportamentales. Asume que la atención se vincula con la continuidad del acto de atender y esto remite a pensar, a su vez, a la atención

como un estado psicológico no discreto al cual los seres humanos pueden acceder percatándose de ciertas acciones de las personas que dan cuenta de ello. De ahí que no se la pueda concebir como un estado mental invisible y solo disponible a través de la inferencia.

En línea con lo anterior, formulamos la siguiente pregunta: ¿Qué manifestaciones tempranas en los bebés evidencian su conciencia del foco de atención de los adultos en los intercambios diádicos?

Primeramente, y tal como lo plantea Reddy (2005), siguiendo a Gibson y Rader (1979) y Adamson y Bakeman (1991), es necesario ampliar la mirada sobre lo que puede ser un objeto de atención. En algunas líneas de la psicología del desarrollo se ha tendido a asumir a la atención como un proceso dirigido a un objeto separado físicamente del adulto y del bebé. Lo que señala la autora es que este tópico referencial, o el “allá afuera” entre adulto y bebé, tiene gradual emergencia y proviene particularmente de la experiencia que ha tenido el bebé al ser el mismo objeto de atención del adulto.

Con miras a proponer un modelo alternativo a los existentes sobre el desarrollo del entendimiento de la atención, Reddy plantea que en un primer momento los bebés tienen abiertas claras y diversas respuestas frente a la atención que les dirigen los adultos, las cuales no pueden ser simplemente reducidas a un repertorio de respuestas innatas. Plantea, entonces, que estas respuestas pueden implicar conductas tan sencillas como el sonreír abierta o tímidamente, el rechazo frente a la búsqueda de la atención del otro, indiferencia y en ocasiones incluso inexpresividad. Otro aspecto que señala Reddy, es que entre los 2 y los 3 meses el interés en la atención de los otros no es una constante, aún cuando los bebés se encuentren aparentemente alertas y disponibles. Dadas la flexibilidad de las respuestas del bebé ante la atención del otro, resulta imposible considerarlas exclusivamente endógenas, automáticas o meramente biológicas. En estos tempranos intercambios, la conciencia de la atención del adulto no involucra la posibilidad de representarse ser el objeto de atención del otro pero sí la vivencia de serlo.

Reddy explica que posteriormente los bebés van ampliando la conciencia de otros posibles objetos de atención en el adulto más allá de sí mismos. En este tránsito de los bebés, encuentra que conforme avanzan en su desarrollo no sólo perciben y responden a la atención de los otros sino que la buscan y la dirigen, primero hacia sí mismos como un todo, posteriormente hacia diversos aspectos y acciones de sí mismos y finalmente hacia objetos externos que no hacen parte del cuerpo del bebé ni de la madre.

Para Reddy, la posibilidad que va teniendo el bebé de construir un afuera, de llegar más adelante en su desarrollo a compartir un objeto de atención con el adulto, bien sea porque ha dirigido o seguido la atención del adulto hacia éste, ha sido posible a partir de su historia de relación y mutualidad con el adulto, en la cual ha podido vivenciar su atención y de forma simultánea construir su sí mismo y su condición de sujeto agente, separado y diferenciado de los objetos y de las personas.

2. EL MOVIMIENTO: UNA PERSPECTIVA DE ANÁLISIS DE LAS TEMPRANAS CONSTRUCCIONES DEL BEBÉ

Sólo cuando el científico aprenda del artista cómo adquirir la sensibilidad necesaria para la importancia del movimiento, y cuando el artista aprenda del científico cómo ordenar su propia conciencia visionaria del significado interno, se podrá establecer un equilibrio total.
(Laban 1987, p 169).

El movimiento acompaña a los organismos vivientes desde el preciso instante en que puede considerarse que son entidades animadas. Ya en el útero de la madre se observan movimientos en el feto que le permiten movilizarse en el líquido amniótico, y hasta el último respiro de un ser humano en su vida está impregnado por movimiento. Transcurrimos la vida entera sumergidos en un despliegue incuantificable de movimientos, tanto así que podemos identificar la muerte tras el cese total e inevitable del movimiento. Así y todo, las preguntas que algunos se han formulado sobre el lugar que ocupa el movimiento en los procesos psicológicos del ser humano parecieran no haber sido prolíficamente escuchadas. Tal es el caso de autores clásicos como Wallon para quien el movimiento en el ser humano era uno de los pilares a partir de los cuales se edifica el psiquismo. De ahí que resulte necesario invocar de alguna manera la voz de algunos autores que en ciertos momentos de la historia se han permitido conceder al movimiento un protagonismo en el decurso de sus reflexiones, teorizaciones e investigaciones, incluso a pesar de los paradigmas imperantes de su época, y que luego han sido en cierta medida, especialmente en los paradigmas imperantes actualmente, olvidados.

Sin embargo, la primera postura que conviene retomar en torno al valor del movimiento no proviene de la disciplina psicológica sino de un área que acoge el movimiento como la esencia de su razón de ser: la danza. Serán algunos planteamientos y reflexiones de Rudolph Laban los que orientarán la mirada sobre el movimiento bajo la cual se inscribe este estudio. Este coreógrafo, bailarín y teórico del movimiento tenía la pretensión de que sus aportes fueran pertinentes en el ámbito de las artes, pero también en otras áreas, como en el trabajo y la comunicación. Es posible, sin embargo, que no llegara a sospechar que la psicología también podría llegar a interesarse por el “sujeto del movimiento” desde una perspectiva ontogenética.

Dos ideas de este autor resultan claves para comenzar a vislumbrar el lugar que se le otorga al movimiento en esta investigación y que ilustran el porqué podría resultar interesante abordar esta vía de estudio en la temprana infancia. Dice Laban (1987, p 157):

“Las palabras que expresan sentimientos, emociones, sensaciones o ciertos estados mentales y espirituales sólo tocan el borde de las respuestas interiores que son capaces de evocar las formas y ritmos de las acciones corporales. El movimiento puede decir más, a pesar de su brevedad, que páginas enteras de descripción verbal”.

La idea de Laban sobre un movimiento que refiere algo del interior de los seres humanos y que, en la medida en que es concebido en una dimensión expresiva, es susceptible de ser leído y decodificado es central para este trabajo. Laban se empeñó en desarrollar herramientas que permitan una comprensión de la dimensión expresiva a partir del reconocimiento de las cualidades que son propias al movimiento, basadas en consideraciones de la conducta humana en el tiempo y en el espacio. Para Laban (1987) los movimientos pueden tener nombre y ser descritos, asimismo explica cómo cuando se los observa de manera individual parecieran letras o palabras que nos permiten entrever un flujo de ideas coherente en sí mismas. Lo que propone entonces es acercarse al movimiento comprendiendo la potencialidad que tiene el ser humano de organizarlo en secuencias complejas, en el interjuego de las diversas y posibles combinaciones de los elementos temporo-espaciales, en las cuales el bailarín es un virtuoso.

El sistema que Laban propone describe los movimientos a partir de una serie de categorías que Español (2007, 2010) sintetiza de la siguiente manera:

(i)Cuerpo: partes del cuerpo usadas en la observación del movimiento; (ii)Espacio: da cuenta del uso del cuerpo en el espacio circundante. Alrededor del cuerpo está la *kinesfera* cuya circunferencia puede alcanzarse con las extremidades extendidas sin cambiar la postura. La kinesfera sirve para determinar las direcciones del movimiento en relación al espacio que lo circunda. Se distinguen cuatro posibles actitudes del cuerpo en el espacio de acuerdo a las dimensiones: *vertical* (arriba-abajo), *horizontal* (derecha izquierda) y *sagital* (adelante-atrás); (iii)Forma: describe los cambios constantes en la forma del cuerpo hecha en el espacio. Las cualidades de formas que se observan son extensiones de la oposición básica de apertura y cierre de la respiración en los planos vertical, horizontal y sagital. A saber: *elevarse hundirse, extenderse-encogerse, avanzar y retroceder*; (iv) Esfuerzo o Effort: refiere a la cualidad del movimiento de acuerdo a la actitud de lucha o entrega frente al espacio (directo vs. flexible), tiempo (sostenido vs. súbito), y peso (liviano vs.pesado)

De la combinación de estos factores se obtienen 8 tipos de esfuerzo: (1) *Presionar* (directo, sostenido, pesado), (2) *golpear con un puño* (directo, pesado, súbito), (3) *retorcer* (flexible, sostenido, pesado), (4) *toque ligero* (directo, liviano, súbito), (5) *latigazo ligero* (flexible, liviano, súbito), (6), *arremeter* (flexible, pesado, súbito) (7) *deslizar* (liviano, directo, sostenido) (8) *flotar* (flexible, liviano, sostenido)

Español (2010), a partir de la revisión de Newlove (2007) señala que la teoría que Laban propone también relaciona el movimiento con el mundo emocional a través de los sentimientos que son expresados por el atributo de esfuerzo dado que cada uno de estos es acompañado por una sensación del movimiento.

Laban (1987, p 156) es contundente en rescatar el valor del movimiento, el cual no sitúa por debajo del valor expresivo del lenguaje. Tal vez muchas de sus ideas hoy puedan contribuir en los aunados esfuerzos por rescatar el cuerpo de la visión imperante durante muchas décadas de un sujeto con una mente descorporeizada, heredera del más puro cartesianismo. Al respecto nos dice:

“Los momentos más conmovedores de nuestra vida nos dejan sin palabras, y en tales

momentos nuestra postura del cuerpo puede llegar a expresar lo que de otra manera puede resultar inexpresable...ese interés profundo en el mundo del silencio no puede estar muerto, ni siquiera en estado totalmente latente....”

Es entonces este interés por el mundo del silencio el que se retoma en este trabajo.

Laban (1987) también brinda elementos para pensar a qué hacemos referencia cuando aludimos este silencioso mundo del movimiento. A diferencia de lo inerte, que puede ser movable, en los seres vivos, a partir del impulso interior que tienen para hacer uso del tiempo y de los cambios que ocurren en el tiempo, la movilidad se transforma en movimiento.

Aquí resulta pertinente comenzar a explicitar una diferenciación clara en relación con un concepto que ha sido estudiado en la psicología y que en ocasiones se ha tomado y se suele tomar indistintamente como movimiento: la acción. Para nosotros resulta imperativa dicha diferenciación puesto que aquello que interesa en esta investigación es estudiar al bebé desde la perspectiva de su corporalidad en construcción y ello alude entonces, al bebé en sus posibilidades de movimiento.

En esta vía Español (2007a, 2007b, 2008), quien ha abierto una senda para estudiar el movimiento en los adultos que interactúan con los bebés a partir del sistema Laban, ofrece elementos para realizar esta pertinente diferenciación. Esta investigadora (2007a) plantea que toda acción implica movimiento pero que no todo movimiento implica acción. Como características diferenciales indica que, en la acción se encuentra un predominio de una intencionalidad que se dirige hacia un futuro, que orienta los movimientos que componen dicha acción. Señala que las cualidades de los *movimientos que componen una acción* –como los movimientos de brazos, manos, piernas y tronco implicados en la acción de levantar una caja- están determinados por la *intención* que los guía. Su forma, amplitud y tensión variarían si se fuese a levantar otro objeto, un papel, por ejemplo. En relación con el movimiento, señala un predominio del sentimiento o de lo que refiere como modos de sentir que se constituyen en aquello que predominantemente orienta el movimiento, claro está sin negar que en las acciones se encuentran movimientos derivados en mayor o menor grado de los modos de sentir.

Habiendo realizado estas distinciones generales, resulta necesario realizar un breve recorrido por algunos de los hallazgos y aportes que algunos investigadores han hecho al estudio del movimiento en el bebé. Nuestro objetivo será indicar el lugar que le han conferido al movimiento en el desarrollo psicológico y a partir de qué perspectiva .

2.1. Antecedentes en el estudio sobre el movimiento del bebé

2.1.1. Las estereotipias rítmicas

El primer estudio a retomar es de la investigadora Esther Thelen (1979), quien estudió el movimiento del bebé y lo que denominó *comportamientos estereotipados*. Resulta necesario aclarar, entonces, que a esta investigadora le interesó la observación del movimiento del bebé mientras estaba sin adultos alrededor. Influenciada por una mirada proveniente de su formación en zoología, buscaba comprender si estos comportamientos estereotipados funcionaban de manera similar a los comportamientos estereotipados en otras especies.

Thelen (1979) señala que lo que le interesa estudiar son aquellos comportamientos en bebés de la cultura occidental, de partes de su cuerpo o bien de todo su cuerpo, que se repiten de la misma forma por lo menos 3 veces, en intervalos regulares cortos de casi un segundo o menos. Para la autora, cada frase (bout) de estereotipia rítmica terminaba cuando el bebé ejecutaba otro comportamiento. Indica que cuando el bebé realiza estos movimientos parece estar absorto en los mismos, resultando difícil adscribir meta o propósito a éstos.

En su estudio observacional encontró que los bebés durante el primer año de vida pueden realizar alrededor de 47 tipos diferentes de movimientos estereotipados con ciertas diferencias individuales. No obstante y pese a estas variabilidades, considera que los movimientos encontrados pueden considerarse como altamente estereotipados. En el siguiente cuadro se agrupan los movimientos que Thelen refiere como aquellos observados de manera más frecuente.

Tabla 2

Patadas Rítmicas	Movimientos de Torso	Movimientos de brazos, manos y dedos	Movimientos de cabeza y cara
*Patada alternada en posición supina (ambas piernas permanecen en el aire). *Rozarse los pies (foot rubbing) * Patada de una sola pierna en posición supina (involucra un contacto de staccato con la superficie) *Patada de una sola pierna en posición prona. *Ambas piernas patean (las piernas se levantan de la superficie en forma de patada de sapo) * Los bebés que podían soportar su peso en posición de pie podían realizar una patada que tenía	*Mecerse (rocking) haciendo un arco con su espalda, lo que se constituye en un movimiento vigoroso de rebote. * "Rocking" de manos y rodillas (el bebé lleva el cuerpo hacia delante mientras se encuentra de rodillas). *Rebote del torso estando sentado, y rebote del torso estando parado.	* Movimientos de Waving (agitar) y banging (golpear con la mano). *Movimientos verticales rítmicos del brazo desde el hombro y en ocasiones con flexión del codo. *Agitar el brazo con uno o los dos brazos simultáneamente. *Golpear su propio cuerpo, por lo general sus muslos. *Movimientos de aplaudir, de flexionar el codo (en movimientos de empujar y halar). *Movimientos de manos: 1. flexión de la mano, que es una flexión y extensión rítmica de la muñeca. 2.	Movimientos menos frecuentes en los niños: *Rotación de cabeza de lado a lado *Rotación de cabeza típica del gesto de "sí".

la forma de levantar la pierna como para dar un paso (foot stomping).		La rotación de la mano es la alternativa pronación y supinación de la mano.	
---	--	---	--

Gracias al seguimiento y caracterización de estos movimientos en diversos bebés, Thelen encontró que muestran un perfil de desarrollo característico; dato que la condujo a plantear su tesis central: que las *estereotipias rítmicas son comportamientos con significación para el desarrollo*. Encontró que generalmente la frecuencia de estos comportamientos tiende a dispararse en ciertos momentos del desarrollo una vez que se han establecido y luego declinan dramáticamente, por ejemplo “el rocking de manos y rodillas”. De igual forma, observó que otros permanecían durante todo el año como las flexiones de dedos. Encontró también que las patadas y los movimientos de brazo gradualmente llegan a una frecuencia pico y suavemente declinan.

Para Thelen (1979) estos perfiles muestran que los comportamientos rítmicos son patrones de movimiento característicos generados por el sistema nervioso en desarrollo, en estados particulares de la maduración. Por tanto, aduce que la ejecución de estos comportamientos es totalmente dependiente de patrones neuromusculares, sin negar que la variabilidad en los comportamientos entre bebé y bebé evidencia factores extrínsecos y no sólo maduracionales. No obstante, insiste vehementemente que incluso dentro de esta variabilidad individual, los perfiles muestran cierta regularidad que hace predecibles los picos de frecuencia en la ejecución y declinación en edades particulares.

Respecto a la funcionalidad de estos comportamientos, señala que las estereotipias rítmicas pueden ser llamadas comportamientos transicionales en la medida en que siempre preceden actividades más complejas o aparecen mientras el bebé está ganando control postural sobre nuevas posiciones. Esta postura de Thelen tiene estrecha relación, como ella misma lo afirma, con la explicación dada sobre los comportamientos funcionalmente irrelevantes en otras especies. Esta explicación hace referencia al pasaje de comportamientos estereotipados hacia comportamientos más variables y orientados hacia metas, posibilitado por maduraciones en el sistema nervioso.

2.1.2. El movimiento y las reacciones circulares

Como se planteó en el apartado anterior, el interés de Thelen ha sido el de observar al bebé en sus movimientos en soledad, otorgando gran peso a la línea madurativa y funcional que hay en los mismos. Otros autores que han concedido un lugar importante a la actividad autónoma del bebé a solas y también en contextos de intercambio con otros, pero retomándola desde la perspectiva de la experiencia subjetiva que comporta al bebé y su significación al proceso de construcción de un reconocimiento de sí, son Phillipe Rochat (2000) y Daniel Stern

(1985/1991). Las perspectivas de estos autores, y también la de Wallon, referenciado por Español (2007), dirigidas a estudiar cómo el movimiento del bebé se orienta hacia el otro y se moldea en el seno de las interacciones madre-bebé, son más acordes con la propuesta de estudio que se propone en esta investigación.

Es necesario recordar, antes de continuar, que tal vez uno de los autores que se permitió observar más detenidamente el movimiento del bebé fue Jean Piaget (1977/2000), con el objetivo de llegar a comprender y explicar la organización, el nacimiento y el curso de la conducta inteligente. Y no resulta cuestión menor explicitar este objetivo del autor puesto que son los objetivos en mente los que permiten hacer ciertos recortes de la realidad y poner el foco de atención sobre ciertas parcelas de la misma.

Un tipo de movimientos que Piaget explora en profundidad son las reacciones circulares, o repeticiones de ciclos realmente adquiridos o a punto de adquirirse. Lo que para el autor constituye el principio de la asimilación y que va a diferenciar de los ejercicios funcionales puestos en juego en los reflejos. Piaget clarifica que las coordinaciones que observa en el bebé propias a estas reacciones circulares no son equivalentes a asociaciones impuestas. Se tratan más bien de relaciones descubiertas por el bebé, por lo que tendrían una cara de adquisición y otra de actividad, implican la conservación de lo nuevo (en esto se diferencian del reflejo) y sería su ejercicio funcional lo que conduciría al mantenimiento o redescubrimiento de un resultado interesante. A estas primeras adquisiciones Piaget no las califica de inteligentes porque desde su perspectiva no son intencionales (no hay diferenciación entre medios y fines) ni lo suficientemente móviles para adaptarse a circunstancias nuevas. Para él son importantes en la medida en que establecen la transición entre lo orgánico y lo intelectual y se constituyen en búsquedas activas por excelencia.

El valor que Piaget va concediendo a estos comportamientos es relativo entonces a la preparación para la conducta realmente inteligente. Para él es realmente con la aparición de esquemas secundarios y móviles, que se observa el comienzo de la intencionalidad, en la medida en que se habla de objetos que dejan de ser directamente percibidos, que suponen una continuidad en la búsqueda, y a su vez conciencia del deseo y dirección del acto que suele recurrir a acciones intermediarias. Para Piaget, implican toma de conciencia de la dirección impresa a la acción y no simplemente al resultado de ésta.

Desde esta perspectiva estaríamos haciendo alusión entonces a lo que Español (2007a) clarifica como acción y no al movimiento. Queda abierta la pregunta entonces por las posibilidades del movimiento, no de la acción, en el bebé, en situaciones interactivas con el adulto, y con el foco atencional puesto en la condición estésica del bebé y no en sus futuras adquisiciones psicomotrices o en sus futuras conductas instrumentales o comunicativas.

2.1.2.1. El moldeado del movimiento en las reacciones circulares sociales

Español (2007a) plantea un itinerario de lo que considera la ontogénesis del movimiento en el bebé, con la convicción de que esta vertiente tiene un profundo

valor en la futura organización del gesto comunicativo y en el juego de ficción. Respecto a este itinerario, se retomarán los dos primeros momentos que plantea, especialmente el segundo, por ser aquel que cronológicamente corresponde a la edad de los bebés a estudiar en esta investigación. Plantea la investigadora entonces, y adhiriendo a la hipótesis de Wallon, de que en sus inicios el movimiento es emoción exteriorizada. Plantea también que en un segundo momento el movimiento del bebé se modela temporalmente y se elabora dinámicamente y transmodalmente en las reacciones circulares sociales que se establecen entre madre y bebé. Aunque también señala la posible elaboración del movimiento en la actividad solitaria del bebé y en sus reacciones circulares primarias (Español, 2007 y 2010a), aquí nos centraremos en los rasgos del movimiento en los encuentros del bebé con el otro.

La autora explica que el concepto de reacción circular social, originalmente planteado por Rivière (1986/2003), hace alusión a aquellos intercambios entre madre y bebé, en los cuales se observa que -a través de diferentes modalidades sensoriales y a manera de respuesta contingente frente a las expresiones emocionales del bebé- la estimulación que el adulto ofrece al bebé se organiza en ciclos estructurados bajo la forma repetición-variación, de modo tal que la conducta del adulto no se repite siempre de manera idéntica sino con sutiles variaciones. La organización de la estimulación adulta en la forma repetición-variación va permitiendo al bebé predecir lo que vendrá, incrementando su expectativa y posibilidades anticipatorias. Va permitiendo la implicancia y participación activa del bebé, que a su vez promueve la repetición continua de la estimulación por parte del adulto. Aclara Español (2007) que la conducta adquiere así la forma de reacción circular y da lugar a que el ciclo se extienda temporalmente.

En relación con los intercambios con los otros que se dan a partir de los 2 meses del bebé, Español (2007a) explica que se observa en ellos un predominio de ciertos modos de sentir que orientan la forma, amplitud y tensión de los movimientos de la madre y el bebé. Para Español, son los afectos de la vitalidad y no las emociones darwinianas, o por lo menos no solamente, aquellos modos de sentir que se encuentran tras el moldeado de su movimiento. Quizás estos modos de sentir orienten muchas otras cualidades de la conducta tales como la postura, la velocidad, la dirección de la mirada. Sugiere también la autora que el movimiento de los padres presenta un moldeado temporal y dinámico que no es posible de separar de sus propios modos de sentir. Moldeado que más adelante llamará elaboración, retomando el concepto de Ellen Dissanakaye (2000a, 2000b, 2001, 2008) y que será expuesto en otro apartado.

Es entonces desde esta perspectiva en relación con el movimiento que se pretenderá ahondar en los movimientos del bebé moldeados en situaciones de encuentro con sus padres.

Explica Español (2007) que en los intercambios tempranos, cada movimiento de madre y bebé está orientado en función del otro y añade, que aún cuando en la literatura se le haya puesto gran peso a la intención de la madre de regular los

estados de excitación del bebé, para ella los sonidos y movimientos constituyen también “reclamos maternos para la vida social y emocional”. Lo que genera una sutil variación para las posibilidades de comprensión del movimiento del bebé en dichas interacciones, puesto que no se veía al bebé como alguien que responde pasivamente con su movimiento a los intentos de regulación de la madre. Más bien se abre la pregunta por la caracterización de dicha participación activa y respondiente al reclamo materno. ¿Cómo puede ir organizando el bebé su propio movimiento para responder a los ofrecimientos y estimulaciones de la madre?

Teniendo en cuenta la anterior pregunta, el enfoque sobre el estudio del movimiento que Laban propone (1987) y las conceptualizaciones de Español (2007, 2010a) sobre la organización del movimiento del bebé a partir de su relación con el adulto se propone: explorar empíricamente la idea de un moldeamiento del movimiento del bebé en los encuentros con sus padres, estudiando las cualidades que le son propias a partir de herramientas desarrolladas para esto como el sistema de categorización y análisis que propone Laban (1987). De esta manera se podrá realizar una exploración diferente, tal vez complementaria, sobre el movimiento del bebé ya estudiado por autores como Thelen y Piaget. Una indagación que pueda orientarse más en la vía de la experiencia que el bebé tiene de este movimiento y que permita inquirir cómo, a partir de su experiencia éste se puede pensar también la constitución y el enriquecimiento de su sí mismo.

2.2. La diversidad de las interacciones tempranas

Otro aspecto relacionado directamente con el movimiento en las interacciones madre-bebé concierne al aspecto temporal del mismo y a las estructuras temporales dentro de las cuales se instaura. Tema en el cual Trevarthen ha contribuido con teorización y evidencia empírica. Este autor ha hecho hincapié en que desde muy temprano estos intercambios de signos se encuentran estructurados en el tiempo. A estos intercambios cara a cara caracterizados por la mutua toma de turnos, Murray y Trevarthen (1985) las han denominado proto-conversaciones (Citado en Español 2007).

Este término ha inundado la literatura de la primera infancia y muchos investigadores parecen haberlo asumido como prototipo de los intercambios diádicos entre los 2 y los 8 meses. No obstante, es importante recalcar que es un término propio de la mirada de un paradigma lingüístico-comunicativo y que por tanto también puede hacer un recorte del espectro posible de fenómenos a observar en las interacciones entre los padres y el bebé. De otro lado, subsume la idea de el encuentro *cara a cara* como requisito bajo el cual se organiza la interacción. Pero si el paradigma que se quiere acoger es más bien de corte estético y no comunicativo, ¿podría situarse la mirada en otro tipo de fenómenos no prevalentemente comunicativos?

En relación con todos los planteamientos anteriores y como antecedentes que inspiran el trabajo a realizar, cabe mencionar el trabajo de Ellen Dissanayake (1999) quien ha resaltado la necesidad de estudiar el movimiento como elemento

característico y fundamental de la interacción entre madre y bebé. Cabe destacar que su interés ha sido reflexionar sobre el movimiento y su integración con los rasgos musicales para develar algunos aspectos sobre los orígenes evolutivos del arte.

En la revisión que ha hecho sobre investigaciones en temprana infancia, ha encontrado que no se ha puesto suficiente énfasis en el papel del movimiento corporal en el comportamiento adulto, encontrando que se le ha otorgado más importancia al comportamiento vocal. Considera entonces que es importante pensar en este aspecto en culturas que son reconocidas por tener poca vocalización, en donde las interacciones entre madre y bebé no se caracterizan fundamentalmente por el fenómeno de Habla Dirigida al Bebé y sí por la evitación del juego cara a cara y por “poca inclinación (desinclinación) general hacia la estimulación infantil” (Fernald 1992 en Dissanayake 1999).

Dissanayake considera que la prevalencia de vocalizaciones en las interacciones tempranas es un rasgo propio de las madres occidentales de clase media, pero que esta observación no debe conducir a negar la existencia de comportamientos que adoptan formas especiales al dirigirse a bebés en otras culturas, sino permitirse la apreciación de aquellos rasgos que les son propios. Incluso tiene la hipótesis de que en culturas menos vocales la investigación revelaría que las madres y los bebés ajustan temporal y dinámicamente el comportamiento del uno al del otro, en formas que escapan la observación directa en tiempo real, logrando beneficios individuales y sociales.

2.3. Movimiento y Cultura

Rudolph Laban (1987) sin tener la pretensión de ofrecer un panorama sobre la historia del movimiento, plantea que en términos generales en las diferentes partes del mundo, en diferentes épocas, en ocupaciones particulares, en credos de culto estético, algunas actitudes del cuerpo se han vuelto preferidas y usadas con más frecuencia que otras.

Este autor llama la atención entonces sobre las capacidades que tienen las comunidades en todas las culturas de seleccionar ciertas actitudes corporales para crear estilos en torno al movimiento. Ilustra Laban (1987), trayendo a colación el ejemplo de los bailes tribales y los bailes nacionales, que desde la perspectiva del análisis del movimiento, se considera que han sido creados por la repetición de configuraciones de *esfuerzo* (o *effort*) que son características de la comunidad. En este sentido, refiere a cualidades del movimiento que se cultivan, y que a su vez dejan traslucir rasgos de carácter que dicha comunidad ha deseado fomentar en sus miembros.

De lado de la psicología, Español (2007a) ha comenzado a pensar que en las creaciones gestuales infantiles se puedan observar rastros del movimiento pautado por la cultura o, dicho en términos de Laban, cualidades del movimiento cultivadas por la cultura que se habita. A manera de ilustración, se retoma uno de los ejemplos que propone la autora para exponer sus ideas en torno a la apropiación por parte del niño de los elementos con los que se constituyen las

reacciones circulares sociales, a las que ha estado expuesto tempranamente, para la creación de pautas comunicativas .

Se trata de un niño de 1;8 (02) de la cultura española, y que ha visto en múltiples ocasiones un video en el que el bailarín de flamenco, Joaquín Cortéz, danza acompañado por otros bailarines. Plantea Español (2007a), que con frecuencia ha observado al niño “bailando”, imitando los movimientos de piernas y brazos, variando las velocidades, pasando una mano por el brazo opuesto, girando la cabeza, dando vuelta en círculos y zapateando en distintas direcciones. No obstante, la investigadora en una ocasión observó como el niño “invitó a bailar” a su padre. Refiere Español que en la creación gestual del niño para invitar al padre, se observa la apropiación de muchas de las cualidades del movimiento propias a su cultura. Comenta entonces Español que esta creación gestual se caracteriza por tener movimientos característicos de la danza flamenca. A continuación la descripción exacta de los movimientos del niño comentada por Español (2007a).

“El niño está mirando el vídeo, gira la cabeza y el cuello hacia el padre mirándolo, el movimiento es exagerado (tiene la nuca casi plegada) y lo extiende aún más. El padre está desatento. Se endereza y, mientras sigue mirando al padre, mueve brazo y mano, ambos con un perfecto movimiento ondulatorio y sinuoso. Se queda quieto. El padre, que ahora lo ha visto y que se encuentra enfrentado a unos dos metros, le responde con el mismo movimiento “a lo flamenco”. Habib zapatea, de un modo percutido, mirando los pies del padre. El padre lo imita. Habib se queda mirando un instante los pies del padre y se acerca a abrazarme a mí que estoy sentada a un costado. Se desprende, mira hacia el padre y de nuevo zapatea dos veces. El padre responde moviendo pies y brazos. El niño corre hacia él y se abraza a sus piernas”.

Son múltiples las posibilidades de análisis de este ejemplo, no obstante aquello que resulta iluminador para este estudio, es la idea sobre ciertas cualidades del movimiento que una cultura ha cultivado y que por tanto permean acciones y movimientos de sus habitantes y de las cuales se podría suponer que los niños se van apropiando en el transcurso de la cotidianidad, posiblemente desde las primeras interacciones con sus padres cuando son bebés, al ir sensibilizando su cuerpo para percatarse y apropiarse de tales cualidades.

Ahora, lo que es más claro en este ejemplo, y tal y como lo analiza Español (2007), es que en la creación gestual de este niño ya se observan posibilidades de percatarse de aquellas sutiles cualidades de la danza flamenca, que van incluso más allá del diseño de unas formas particulares, y pasan por la fina percatación de elementos tan sofisticados como la dinámica temporal propia al flamenco, y claro está no sólo se percata, puede recrearlas con su cuerpo, así sea para otros fines diferentes al baile en sí mismo. No se trata de una copia, más bien una posibilidad y una sensibilidad que parece haber tejido en el transcurso de la historia de relación que tiene con sus padres.

La idea de Español (2007) de que *en los movimientos del niño se transparenta la corporeidad de la cultura en la que está inmerso el niño* resulta coherente con la propuesta de selección de *esfuerzo*. De acuerdo con Laban (1987), los seres

humanos jóvenes, e incluso los animales jóvenes, tienen una capacidad de movimiento más variada que los adultos en tanto han heredado todo el margen de tendencias de *esfuerzo* típicas, y apenas ha comenzado el proceso de una selección restrictiva de las características de esfuerzo típicas de su cultura. Dicha selección comienza después del nacimiento y va a permitir que en cada persona y en cada cultura los hábitos y matices del esfuerzo se enriquezcan en una dirección o la otra. En el pequeño Habib de 18 meses el proceso de selección ya ha operado en abundancia.

Los planteamientos de Español y de Laban van en la vía de las conceptualizaciones de Alberto Rosa (2000) en relación con el lugar de la cultura respecto de los procesos de humanización. En relación con lo anterior, especifica el autor que la cultura está en el dominio de lo convencional y por tanto le subyace una historia grupal e individual. De esta manera, indica Rosa (2000, p 33) que es posible pensar el acervo cultural presente de los pueblos como *“el resultado de decisiones de generaciones anteriores a partir de valores que dirigieron su conducta, y que se daban en el contexto de unas disponibilidades culturales e históricas determinadas”*. Este autor siguiendo a San Martín (1999) señala que *“el mundo es resultado de un sistema de preferencias de un grupo a lo largo de su historia”*. Este marco que propone el autor para pensar lo cultural remite a pensar el lugar que éste tiene en relación con los procesos de desarrollo psicológico del ser humano. También bajo este marco, la indagación genética tiene absoluta pertinencia en tanto se concibe que persona y cultura se co-construyen mutuamente. Dejando de lado entonces posturas sobre lo cultural que implican pensarla como un determinismo para el sujeto o simplemente como el contexto en el cual tiene lugar su desarrollo.

Explica Rosa (2000), en relación con el proceso de co-construcción de culturas personales y culturas públicas, que el proceso de humanización se produce siempre en el seno de una cultura particular y tiene un componente étnico al igual que el *paideia* o proceso de cultivo del sujeto individual que lo ha de convertir en humano de acuerdo con la concepción de humanidad del grupo en el que se desarrolla. Sin embargo, aclara que este proceso de enculturación no es producto simplemente de la acción de otro; todo lo contrario, reivindica el arduo camino de construcción que el sujeto ha de emprender para constituirse en agente de su propio desarrollo, porque tal y como lo señala también, *los seres humanos tienen capacidad para participar de la construcción de su futuro*.

El objetivo de esta tesis no es estudiar el movimiento de la danza, ni se están buscando rasgos de movimiento que pueden anteceder las posibilidades en torno a la danza en el bebé. Lo que se busca en las ideas de autores como Laban, Español y Rosa es un marco general de reflexión que permita ahondar en el movimiento que se moldea en el bebé a partir de sus interacciones con sus padres, quienes se encuentran inscritos en una cultura y cuyo espectro de movimientos debe de encontrarse permeado por la misma.

2.2. ENCUENTROS ENTRE EL BEBÉ Y EL ADULTO

2.2.1. Complejidades del ofrecimiento del adulto hacia el bebé en la interacción

Ellen Dissanayake enmarca su obra dentro del interés por indagar acerca de los orígenes de las artes temporales. Con este fin, realiza exploraciones teóricas a nivel evolutivo e indaga sobre los posibles mecanismos que se gestan en las primeras interacciones entre madre y bebé, los cuales desde su perspectiva, pueden tener relación con la posibilidad del hombre de ser receptivo y activo frente a las artes del tiempo. Es pertinente aclarar que la autora tiene una serie de hipótesis evolutivas que no serán abordadas en este texto. Aquí se retoman solamente algunas de las conceptualizaciones que realiza a partir de sus observaciones sobre las particularidades de las tempranas interacciones diádicas.

Al situar su mirada en las tempranas interacciones entre madres y bebés de menos de 6 meses, Dissanayake (2000a y b, 2001) observa que las actuaciones de los padres se organizan en lo que denomina paquetes ritualizados de comportamientos secuenciales vocales, faciales y kinésicos. Refiere entonces a estas actuaciones de los adultos, como actividades multimodales de movimientos organizados en patrones temporales.

Dissanayake (2008) considera que las madres y los bebés se involucran en interacciones diádicas específicas de especie en las que coordinan sus emociones y sus comportamientos. Ha encontrado que las actuaciones de los adultos se caracterizan en términos generales por incluir además de vocalizaciones, expresiones faciales y movimientos corporales de cabeza y cuerpo, por lo cual se puede considerar como un fenómeno más abarcativo que el acotado por los estudios de Habla Dirigida al Bebé.

Como rasgos distintivos señala que estas interacciones están organizadas en frases sobre el tiempo y en el tiempo, tienen características musicales como la presencia de contornos melódicos, vocalizaciones rítmicas y regulares y movimientos corporales rítmicos. Asimismo, indica que tienen contrastes expresivos y dinámicos, variaciones en espacio y tiempo con “restos” comportamentales o silencios entre las frases, que son multimodales y están temporalmente organizadas en relación a un pulso común.

Pero la característica general a la que más importancia le concede la autora es a la elaboración (exageración, repetición, simplificación) que hacen los adultos de los elementos kinésicos, vocales y visuales en sus interacciones con los bebés. Considera que esta elaboración da saliencia al estímulo de modo que los episodios de interacción llegan a estar compuestos por unidades pequeñas que son frecuentemente variaciones sobre un tema melódico, rítmico o narrativo que a su vez tienen un efecto sobre el bebé en su dimensión cognitivo- emocional, favoreciendo que se generen estados de mutualidad entre el adulto y el bebé.

Uno de los aspectos de la interacción que más señala (2000a) es que la madre y el bebé no sincronizan sus ritmos tanto como sí logran coordinar y corresponder las alteraciones/variaciones que cada uno hace de estos ritmos. Al respecto y retomando a Stern (1995), sostiene que las interacciones entre madre y bebé se organizan en estructuras temporales o secuenciales, en las cuales los cambios que se dan en el presente crean y son la experiencia. En relación con esto, resulta

importante reconocer que para la autora los episodios de cada interacción están compuestos por unidades pequeñas que son frecuentemente variaciones sobre un tema melódico, rítmico, o narrativo, que van teniendo profundo impacto sobre las posibilidades y capacidades del bebé de vincularse activa y receptivamente en estas interacciones. Desde momentos tempranos de la vida del bebé las madres generan, demoran y manipulan las anticipaciones del bebé. Para Dissanayake (1999), en estas interacciones al igual que en la música, se observa el uso y manipulación de características secuenciales estructurales para crear expectativas y por tanto significados emocionales.

Finalmente, un hallazgo importante de considerar para esta tesis es el que Dissanayake (2000a) resalta, a partir de un estudio de Beeby y Gerstman (1984). En este estudio se destaca que las secuencias de interacción entre madre y bebé pueden ser coactivas (cuando ocurren simultáneamente), otras pueden traslaparse y en otras hay alternaciones en donde se observa un corto lapso entre el fin del comportamiento de un compañero y el inicio del comportamiento del otro. A partir de este hallazgo se amplía la posibilidad de pensar las diversas estructuras temporales que pueden subyacer a los encuentros entre madre y bebé.

2.2.2 El bebé frente al espectáculo multimodal

En el apartado anterior se mencionaron algunos aspectos que Dissanayake ha observado sobre la naturaleza de las señales que la madre envía la bebé en las interacciones tempranas. Sin embargo, hay otros dos aspectos que la autora resalta que merecen especial consideración: a) La fuerte receptividad del bebé hacia esas señales y b) La activa contribución del bebé a esa comunicación.

Encuentra Dissanayake que la madre realiza ofrecimientos multimodales que posiblemente son versiones elaboradas de señales comunicativas o expresiones filiativas usadas entre los adultos para invitar al contacto -y que a su vez preceden de señales de otros primates- a los cuales se va vinculando el bebé. La autora resalta que la madre no realiza estos ofrecimientos simplemente con el fin de atraer y sostener la atención del bebé; sus estímulos generan un efecto en el bebé y éste a su vez elicitaba que la madre continúe realizando los ofrecimientos multimodales.

Para la autora, es importante destacar que el bebé fomenta que el adulto interactúe con él de maneras particulares, es decir, remarca la idea de que es una interacción en la cual tanto el adulto como el bebé participan activamente. Por tanto, vale la pena considerar las capacidades con las que cuenta inicialmente el bebé y que favorecen su creciente vinculación y participación en estas interacciones. Dissanayake ha retomado estudios de varios autores sobre capacidades que favorecen que el bebé se disponga hacia la interacción y la intimidad (Stern 1971,1983; Trevarthen 1974,1977,1979a, b, 1993; Beebe 1982; Beebe and Gerstman 1984, en Dissanayake 2000a) y estima que estas capacidades tienen profunda relación con el origen de la sensibilidad del bebé hacia las artes temporales.

Así pues, Dissanayake (2000a) y diversos psicólogos del desarrollo han señalado que los neonatos pueden percibir fenómenos de temporalidad, estimar duraciones de conductas, detectar contingencias entre sus conductas y los eventos del medioambiente y desarrollar expectativas frente a hechos que han de venir (Watson y Rammey, 1972; Watson, 1994; Rivière y Sotillo, 2003; Rochat, 2001; Reddy 2007). Dissanayake (2000a) indica también que las investigaciones de Papoušek (1981), de Locke (1993) y Schore (1994), sitúan de manera muy minuciosa las tempranas capacidades musicales del bebé; demuestran que pueden responder a variaciones en la frecuencia, intensidad, duración y patrones de sonido espaciales y temporales, también a los aspectos emocionales y de entonación de la voz humana y a movimientos corporales y faciales presentados rítmicamente.

Por otro lado, Dissanayake (2000b), a partir de los estudios de Stern, resalta la idea de que el bebé se orienta con base a su propio estado interno para regular su participación en la interacción con la madre. De ahí que la madre pueda ajustarse al estado del bebé para modular sus comportamientos en función de la lectura que va haciendo éste, lo que se traduce en sutiles y espontáneas transformaciones rítmico-modales en la estructura de la interacción propuesta. Dissanayake también reconoce la posibilidad del bebé de ser cada vez más predictivo en la medida en que detecta cambios sutiles en la voz, rostro y movimiento corporal en las interacciones de la madre.

En la siguiente tabla es posible observar de manera general algunos rasgos que Dissanyake (2000a) retoma de diversos investigadores en psicología del desarrollo, sobre las respuestas del bebé en las interacciones diádicas y los beneficios que pueden proporcionarle participar de las mismas.

Tabla 3

Edad del bebé	Tipos de estimulaciones por parte de la madre	Respuesta del bebé frente a la ejecución del Adulto	Beneficios de las Interacciones Tempranas
Entre primer mes y seis semanas	-Las madres tocan y sostienen a los bebés, los mecen, los palmean, los miran al rostro, les sonríen y les hablan suavemente con una voz melódica y aguda. -Los movimientos son simples, repetitivos y regulares. -Encuentros gentiles, protoconversacionales formulándoles preguntas o comentando sus estados.	Organización temporal compuesta de ciclos de atención y desatención.	1. Dirigen y modulan el estado o nivel atencional y de excitación del bebé.
Hacia los dos meses		-Comienza a producir una sonrisa social elicitada con más frecuencia ante las vocalizaciones agudas. -Responden a movimientos faciales y corporales presentados rítmicamente. -Miradas mutuas más prolongadas (frecuentes en las madres occidentales).	2. Ofrecen regulación emocional y apoyo al asistir al bebé para que adquiera autoregulación comportamental y equilibrio homeostático.
Hacia los tres o cuatro meses	-Expresiones faciales exageradas que son a su vez exageraciones de expresiones adultas de	-Interacciones caracterizadas por coordinaciones particulares en orientación espacial, atención visual,	3. Favorece la competencia social e intelectual, incluyendo intencionalidad, reciprocidad y expansión más allá de

	<p>invitación al contacto y que tienen precursores en otros primates.</p>	<p>expresiones faciales y reactividad temporal.</p> <ul style="list-style-type: none"> -Cada compañero es sensible a la dirección del comportamiento del otro. -Comienzan a involucrarse en interacciones diádicas mutuamente improvisadas y co-construidas, en las cuales registran la duración de los movimientos del otro y se involucran con comportamientos expresivos de cuerpo y cara o con frases vocales y pausas, sonidos y silencios. 	<p>la situación presente</p> <p>4. Asisten al establecimiento de entonamiento psicológico y emocional y reciprocidad, permitiendo a la madre y al bebé anticipar y ajustarse a la naturaleza del otro.</p> <p>5. Permiten al bebé tener una exposición a sonidos significativos y prototípicos y de patrones del lenguaje hablado.</p>
<p>Entre los 2 y medio y los 5 meses y medio</p>	<ul style="list-style-type: none"> -La madre ajusta sutilmente sus sonidos y movimientos a las cambiantes necesidades y habilidades del bebé. -Sus vocalizaciones y expresiones faciales se tornan más exageradas en tiempo y espacio. Estas se forman con mayor lentitud, se sostienen, se les da mayor intensidad dinámica y se puntúan con restos comportamentales o silencios. -Las madres modulan su actividad para influir sobre el nivel de excitación del bebé, en relación con su percepción sobre el estado del bebé. 	<ul style="list-style-type: none"> - Responde con sonrisas más largas, movimientos más activos, un rango de sonidos de deleite. -El bebé puede cortar la interacción al mirar hacia otro lado, controlando de alguna manera la cantidad de información que recibe. -Imitaciones mutuas de expresiones faciales y vocalizaciones. 	

2.2.3. Nuevas perspectivas de estudio de la interacción madre- bebé: desde el HDB hacia la musicalidad comunicativa

Una de las líneas de investigación sobre las interacciones madre-bebé que ha conseguido recopilar un gran *corpus* de datos empíricos en las últimas décadas ha sido el estudio del Habla Dirigida al Bebé (en adelante HDB). Español (2010b) indica que el estudio del HDB comenzó a tener su mayor despliegue hacia los años 80, constituyéndose en una parte importante de la agenda de la psicología del desarrollo.

Shifres (2007) destaca que dentro de esta corriente, Hannus Papoušek (1996)

comprendió las actuaciones del adulto como una habilidad de *parentalidad intuitiva*, que se expresa en el habla a través de gran diversidad de rasgos musicales como el ritmo, la melodía, la calidad sonora, entre otros y que tiene la función de estimular y enseñar rasgos fundamentales de la cultura a los infantes. Shifres señala también que esta corriente puso el acento exclusivamente en la comprensión de los cimientos que estos rasgos musicales prestan a la enculturación lingüística, destacando por ejemplo los estudios que se han hecho sobre el aprendizaje vocal y fonológico, la adquisición de componentes prosódicos del lenguaje y la regulación de estados atencionales, emocionales y de excitación (Papoušek, M. 1996). Uno de los aspectos más interesantes a considerar en este estudio, es tal y como lo señala Español (2010b), el reconocimiento de que en el saber hacer intuitivo de los padres es imposible diferenciar claramente los aspectos cognitivos de aquellos sentimentales-emocionales. Consecuentemente es comprensible que los estudios que han abanderado esta perspectiva, hayan comenzado a reconocer aquellos mensajes que circulan a partir de los diversos rasgos musicales que caracterizan el HDB.

Un cambio que Español (2010a) y Shifres (2007) reconocen en esta línea de investigación, y que compele a una transición metodológica y a una precisión conceptual, viene dado por el concepto de Musicalidad Comunicativa- concepto acuñado por Stephen Malloch (1999/2000)- dentro del cual incluyen el HDB como una expresión de la misma. Español (2010a) resume el concepto de Musicalidad Comunicativa diciendo que refiere a “*fenómenos interactivos, corpóreos, organizados temporalmente (y con rasgos melódicos y/o tímbricos) de amplia extensión, relacionados con, pero más amplios que la música propiamente dicha*”, que pueden abarcar multiplicidad de intercambios de índole intersubjetivo, entre ellos los que se establecen en la relación madre-bebé.

Shifres (2007) añade que la Musicalidad Comunicativa alude a una habilidad para congeniar con el ritmo y el contorno del gesto, aspecto vital para la comunicación entre las personas. Este investigador también se inclina a pensar que los componentes musicales presentes en las interacciones tempranas sientan de alguna manera las bases para que los seres humanos se involucren en fenómenos estéticos.

Español (2010b) reconoce el HDB como un recurso privilegiado a partir del cual madre y bebé pueden vincularse profundamente y centrar todos sus intercambios entre uno y otro sin que en primera instancia haga aparición el objeto. Pareciera entonces que el HDB fuese un valioso instrumento intuitivo del cual se valen los padres para establecer momentos de intimidad cada vez más prolongados y con mayor riqueza interactiva conforme avanza el desarrollo psicológico del bebé. A partir de esta forma de interacción, los padres siguen intuitivamente al bebé en sus posibilidades de interacción, favoreciendo la ampliación y riqueza de la misma. Y es sobre esta riqueza que Español y Shifres han continuado investigando.

Los hallazgos de estos investigadores se expondrán en otros apartados puesto que el aspecto que es importante señalar en este momento es el giro teórico que Español ha identificado en el pasaje del estudio del HBD hacia la Musicalidad Comunicativa: se pasa de hacer énfasis sólo en el componente verbal a otro tipo de

componentes involucrados en las actuaciones de los adultos como los kinésicos.

Español afirma que la mirada comienza a centrarse en los cuerpos en movimiento y en el significado que este movimiento puede tener en sí mismo más allá de su relación con el sonido. Para la comprensión de este hacer del adulto con su cuerpo y la forma en la cual a partir de éste se dirige al bebé, se ha recurrido a la implementación de herramientas teóricas y metodológicas de las artes temporales. De esta manera, la posibilidad de comprender el movimiento del cuerpo ya no depende de manera inevitable del análisis que se realice del sonido. Se busca comprender rasgos del movimiento y llegar a la comprensión de aquellos elementos que le son propios. Vale la pena mencionar nuevamente, que aún cuando Español y Shifres se han enfocado en el estudio de las actuaciones adultas frente a los bebés desde las herramientas teóricas del análisis del movimiento y la ejecución musical, son enfáticos al destacar que el bebé es partícipe activo en la co-construcción de estos intercambios.

2.2.4. Rasgos del movimiento y rasgos expresivos propios de la ejecución musical identificados en las actuaciones del adulto hacia el bebé

Español (2007 y 2008) se ha iniciado en la observación del tipo de movimientos que predominan en las interacciones espontáneas que algunas madres tienen con sus bebés (de 7 meses de edad). Para ello ha usado como código de observación el análisis del movimiento que propone el sistema Laban-Bartenieff (ver metodología). Algunos de sus hallazgos más importantes hasta el momento se exponen a continuación.

En términos estructurales, ha podido observar que los movimientos de los adultos tienden a organizarse bajo ciertos patrones cuando se dirigen hacia los bebés. Estos se agrupan en ciertos ejemplares de categorías de movimiento del Sistema Laban - denominadas *esfuerzos*; a saber: *deslizar, flotar y dar toques ligeros*, lo cual corresponde a diversidad de patrones de aproximación gentil hacia el otro. De igual forma, ha encontrado el uso prevaleciente de planos sagitales que favorecen el contacto ocular con el bebé y una movilización del tronco para acercarse y distanciarse, situándolo como eje de referencia de gran diversidad de variaciones en la actuación.

Ha encontrado que estos patrones de movimiento observados suelen organizarse en frases que se adecuan a la forma repetición-variación, consiguiendo con ello ciertos niveles de atención sostenida y creciente en el bebé dado que la variación observada no es mecánica, más bien ha observado que presenta variantes que permiten volver sobre un tema. Ha reconocido, en la elaboración del movimiento por parte del adulto, unidades de movimiento y sonido que parecen estar en la vía de la generación de unidades de sentido.

Por otro lado, ha reconocido frases de movimiento que parecen prestar una función hermenéutica en tanto el adulto se vale del movimiento para hacer interpretaciones al bebé de estímulos externos que pueden aparecer eventualmente. Estas frases de movimiento identificadas en escenas de habla dirigida al bebé, reconocidas a su vez como unidades holísticas no discretas, se

despliegan a partir de motivos. En estos casos encuentra entonces que un movimiento casual se elabora mediante repetición variada y la adición de nuevos rasgos al movimiento inicial. De igual forma, se ha podido inferir que estas frases transportan diversidad de sensaciones correlativas al movimiento.

Español ha comenzado a explorar el movimiento que acompaña escenas de Canto dirigido al bebé (CDB de ahora en adelante) encontrando diferencias con el movimiento que acompaña las actuaciones de habla dirigida al bebé, en tanto no se encuentra un desarrollo por motivos sino un movimiento que deja espacios para la intervención del bebé, lo cual la autora describe como alternancia de movimientos amplios y huecos.

Por su parte Shifres (2007), al comenzar la exploración de aquellos rasgos musicales presentes en la parentalidad intuitiva valiéndose de las herramientas teóricas y metodológicas de la ejecución musical, es decir, realizando microanálisis de componentes dinámicos, agógicos y articulatorios presentes en el HDB, ha evidenciado que se encuentra integrada por una multiplicidad de contenidos culturales. En el caso de las interacciones de las diadas que ha observado, ha encontrado aspectos musicales propios de la tradición musical de occidente tales como el *rubato*, demostrando en su análisis que estos recursos se vinculan con la función de sostén atencional y de regulación de los estados emocionales del bebé. Sitúa Shifres que los recursos expresivos que caracterizan las actuaciones del adulto tales como aquellos usados en la ejecución musical, *significan sin palabras*, por lo cual aún en ausencia de lenguaje verbal permiten la circulación de significados.

Otros de los recursos que el autor ha conseguido identificar en la ejecución adulta, es el uso de dinámicas y articulaciones para generar diferentes atmósferas, encontrando de esta manera articulaciones *stacatto* vinculado a las aclaraciones de ciertas palabras y para generar situaciones de sorpresa o animación. Asimismo, ha identificado el uso de recursos tales como el *ritardandi* para separar frases mediante sutiles pausas y el empleo de alargamiento y aceleraciones que parecen contribuir al establecimiento de estados de tensión y relajación en la interacción. Como elemento general, Shifres reconoce que la actuación de los adultos observados se configura de forma tal que se ajusta a un patrón de regularidad sobre el cual recae la atención del infante.

Es importante situar que sobre la base de los hallazgos mencionados Shifres y Español se encuentran explorando la hipótesis de que gracias a estas formas de parentalidad intuitiva se favorece en el infante la posibilidad de vincularse activa y receptivamente con las artes propias de su cultura.

Ahora, en relación con la línea de exploraciones que vienen realizando estos investigadores dos aspectos interesantes de ser sometidos a indagación son:

(1). Explorar si es posible realizar una caracterización de la participación del bebé en situaciones de interacción con el adulto, en gran medida contextos de musicalidad comunicativa, valiéndose de las herramientas de análisis propias de las artes temporales.

(2). Explorar la hipótesis de si en el seno de las interacciones que propician la parentalidad intuitiva se va favoreciendo también que el bebé pueda desplegar su condición de estesis.

2.2.5. Posibilidades que generan en el bebé los rasgos de movimiento y sonido de las ejecuciones parentales

Aún cuando el análisis de las producciones y construcciones del bebé no ha sido el eje central de las investigaciones de Español y Shifres, estos investigadores han realizado una serie de reflexiones a partir de las funciones que parecen tener los rasgos de las ejecuciones parentales que han observado en el desarrollo psicológico del bebé.

Vayamos a algunos de los hallazgos de Español (2007) (2008) y Shifres (2007). En relación a las diferencias que han encontrado entre las ejecuciones de CDB y HDB, Español (2008) ha conjeturado respecto a la función de uno y otro, planteando la posibilidad de que el primero favorezca el aprendizaje de la reciprocidad. Explica esta autora que a partir de la alternancia de movimientos amplios y huecos por parte del adulto, el bebé puede comenzar a apropiarse del espacio de los huecos para situar sus intervenciones. En relación a los movimientos que acompañan el HDB, y en calidad de que es un movimiento continuo caracterizado por la modalidad repetición- variación, la investigadora comprende que se hace una invitación al bebé a la vida social y al intercambio emocional.

Se piensa que los movimientos organizados bajo la estructura repetición-variación pueden introducir al bebé en la experiencia de la expectativa. Con estos el adulto hace énfasis en la llegada de un elemento inesperado posterior a un patrón regular, prevaleciendo sutiles cambios que favorecen que la ejecución no sea mecánica y que pueden ser percibidos gracias a la posibilidad que va construyendo el bebé de identificar invariantes.

Se considera la posibilidad de que las frases evidenciadas en la ejecución de los adultos en tanto unidades holísticas de sonido y movimiento, pueden favorecer la generación de unidades de sentido y significado en el bebé. Esto a su vez sostenido en el hecho de que los bebés cuentan con otras condiciones como su sensibilidad hacia la temporalidad, que les permite ser receptivos y partícipes ante los ofrecimientos. Español (2007) hace hincapié en el hecho de que a través del movimiento el adulto introduce al bebé en un despliegue de sentimientos temporales que se traducen en conductas expresivas en él, y en relación a la lectura que el adulto haga de las mismas podrá elaborar de una manera u otra su movimiento para prolongar el encuentro.

Shifres (2007) resalta el concepto de Colwin Trevarthen sobre la musicalidad de las conductas del bebé en tanto se ha observado que organiza una actuación regulada en el tiempo de acuerdo a un pulso denominado Pulso Motor Intrínseco, que se evidencia en sus movimientos, orientaciones atencionales y respuestas

expresivas.

Ahora, un concepto que autores de la línea de investigación en intersubjetividad han comenzado a destacar recientemente y que pareciera permitir que se continúe ampliando la comprensión de los hallazgos de Español y Shifres en relación a la participación del bebé en situaciones de interacción temprana, es el de Percepción Altercéntrica. Bråten (2007) indica en relación a esta capacidad intersubjetiva, que la percepción de los actos de un otro convoca a una percepción participativa, de esta manera quien percibe se siente de alguna manera co-autor virtual de los actos que observa en el otro. Independientemente de que se manifieste de diversas formas: en una pre-enacción, en una co-enacción, o en una re-enacción como en el aprendizaje por imitación, esta capacidad permite que quien percibe resuene con aquello que el otro hace. Se hace referencia, entonces, a una capacidad para compartir la experiencia con el otro, que como lo indica el autor, parece evidenciarse desde los primeros meses del desarrollo del bebé.

Será a partir de este camino de indagaciones desde donde se pretende continuar profundizando, observando y analizando de manera sistemática las formas en cómo el bebé se vincula con los ofrecimientos del adulto, a partir de toda su organización corporal y su movimiento, con miras a reflexionar en torno a lo que ello nos dice en relación sobre su condición de estesis y sobre la constitución de su sí mismo.

2.2.5.1. Antecedentes para pensar la organización de una corporalidad en el bebé y su relación con la condición estesis

Español (2005, 2007, 2008), siguiendo a Ellen Dissanayake (2000) y algunos de los planteamientos de Mithen (2006), ha comenzado a explorar la hipótesis de la ligazón entre la sensibilidad estética del bebé y sus primeras disposiciones hacia las artes temporales (la música y la danza). En algunos de sus estudios ha comenzado a concebir la posibilidad de que haya ciertas experiencias estéticas que comienzan a configurarse como objeto de interacción.

Sugiere que, alrededor de los 22 meses, el niño tiene acceso a ciertas formas de la experiencia cuya unidad estaría dada, como lo sugiere, “por la configuración del movimiento de los cuerpos asociado al movimiento de los objetos” y no por un desarrollo narrativo como se despliega en el juego de ficción (Español, 2005). Considera también que los *entonamientos* entre adulto y bebé son la base para que este tipo de interacciones puedan tener lugar.

Los intercambios basados en el entonamiento, tal como lo explica Stern (1991), si bien contienen un grado de imitación, no se reducen a ella, en tanto no se busca el “acoplamiento” de conductas externas, sino de estados afectivos. A diferencia de la imitación, explica Stern, los entonamientos implican una intersubjetividad acerca de los afectos, en donde la madre hace otras devoluciones al bebé que no son su comportamiento tal y como lo observa de manera especular. Durante los entonamientos, el adulto trata más bien de acompañarlo en sus “producciones” usando modalidades sensoriales diferentes a las que él se encuentra usando.

Stern indica que el entonamiento es viable gracias a la percepción de propiedades de los estímulos tales como la intensidad, pautas espaciales, o temporales, pulsación, ritmo y duración, aspectos que pueden ser comunes a cualquier modalidad sensorial. Resalta Español (2005), siguiendo a Stern, que la madre toma algo de una expresión del bebé y lo transforma en otra cosa, cambiándole la modalidad por lo cual se crean pequeñas “analogías” entre gestos, sonidos y movimientos corporales. Asimismo, destaca la idea de Stern de que aquellos afectos que se aparean en tanto expresiones del estado interior son los afectos de la vitalidad.

Las co-creaciones interactivas observadas en Español (2005) y basadas en el entonamiento, implican variaciones que van precedidas de la posibilidad del niño de percibir la unidad del movimiento y de generar variaciones y aceptar las variaciones que realice el otro sin que estas atenten contra la unidad del movimiento. De acuerdo con esto, dichas interacciones se caracterizan por una secuencia repetición-variación-sincronía-alternancia, modos de organización de la interacción que ya han estado presentes, como lo afirma la autora, en las interacciones sociales de la díada madre-hijo.

A partir de estudios como el mencionado anteriormente, esta autora reivindica la posibilidad de abordar un camino empírico para la disquisición e indagación sobre lo que considera los indicios, a la manera de antecedentes, del ser estéticamente sensible.

En esta tesis se pretende volcar la mirada hacia el estudio en momentos previos a los comentados, incluso hacia intercambios que se dan en momentos previos a la posibilidad de establecer claramente entonamientos afectivos (al menos por parte del bebé; si en momentos previos a los 9 meses del bebé, el adulto realiza entonamientos es un tema aún en discusión). Se pretende buscar aquellos precursores de la corporalidad en el bebé que pueden permitirle, más adelante, vincularse con experiencias como la del entonamiento, que dejan translucir una cualidad estética.

En síntesis lo que se está buscando es generar la opción de estudiar detenidamente cómo se va entretejiendo la condición de estesis del bebé que le permite comenzar a involucrarse afectiva, corporal y sensiblemente en su cotidianidad; se quiere observar qué recursos psicológicos pueden evidenciarse en su corporalidad y en la constitución de su sí mismo que lo favorecen en sus conquistas hacia aquellos intercambios propios de la musicalidad comunicativa o en general hacia los intercambios sociales con el adulto. Esto significa comenzar a pensar un bebé que va orientándose al mundo a partir de sus tempranas capacidades perceptuales pero también a partir de una sensibilidad. Indaguemos entonces cómo esta sensibilidad va favoreciendo que las búsquedas interactivas del bebé, sus movimientos y gestualidad puedan organizarse espontáneamente en consideración de las estimulaciones del adulto y no de manera reactiva, mecánica o desorganizada.

2.2.6. El momento presente, una perspectiva del tiempo en el encuentro del bebé y el adulto

Consideramos que la perspectiva temporal del tiempo presente psicológico es apropiada para el estudio de la organización corporal del bebé. Si la perspectiva del tiempo bajo la cual el investigador se aproxima al estudio de las interacciones entre madre y bebé es la cronológica, tal vez los pequeños acontecimientos que emergen en el transcurso de la interacción resultarán efímeros, tal vez las incipientes construcciones psicológicas del bebé serán imperceptibles.

Explica Stern (2004) que el tiempo cronológico, lineal o tiempo reloj es el esquema para la organización del tiempo que se suele manejar en las ciencias y en los horarios de la vida cotidiana; deviene de la perspectiva objetiva sobre el tiempo o *chronos* de los griegos. La perspectiva narrativa del tiempo, la cual ha estudiado frecuentemente la psicología, está enmarcada en una concepción cronológica del tiempo dado que las narrativas seleccionan episodios de la vida y les dan un orden en el tiempo: antes, después, nuevamente y así. La narrativa hace el paso del tiempo familiar y tolerable, y favorece un sentido de coherencia. Sin embargo el énfasis del tiempo cronológico no está sobre el tiempo presente, el ahora sólo es un punto de referencia en las narrativas y por lo tanto desde esta perspectiva no hay lugar para explorar los acontecimientos que tienen lugar durante este tiempo.

Por otro lado, señala el autor que la concepción griega del tiempo subjetivo o *kairos* hace referencia al tiempo que pasa y en el cual algo sucede mientras el tiempo se despliega: el tiempo de la experiencia vivida en el momento presente. Indica Stern, que *el kairos* es un momento de oportunidad en el cual los eventos demandan una acción o son propicios para la acción. Bajo esta perspectiva del tiempo subjetivo, Stern comprende el tiempo presente como una unidad de procesamiento subjetiva y psicológica de la cual las personas son concientes. Explica también que *el momento presente* conlleva un sentido subjetivo de la vida vivida segundo a segundo. Ejemplifica Stern, planteando que para el adulto la experiencia de escuchar música, de observar la danza o de simplemente interactuar con alguien requiere de un presente con duración.

Ahora, con la mirada enfocada en el desarrollo del bebé, pensamos que la perspectiva conceptual que Stern propone en relación con un presente psicológico puede permitir adentrarnos a la experiencia del bebé en sus interacciones con el adulto, específicamente pensamos que puede resultar fructífero para explorar la dinámica temporal que subyace al movimiento del bebé en su relación con el otro.

En relación con la naturaleza del momento presente, precisa Stern (2004) que tiene su propia arquitectura, la cual es en sí una unidad temporal que toma varios segundos en desplegarse. Durante este tiempo se desarrolla y se vive un “drama emocional” en el cual se traza un cierto perfil temporal sobre la base de los afectos que allí se despliegan.

La experiencia ordinaria del sujeto se configura en un tiempo real mientras es vivido, no mientras es contado, una vez atravesada por el lenguaje se le otorgan nuevas dimensiones y es ya una nueva experiencia, no la original. Continúa Stern (2004) diciendo que sin este tiempo subjetivo no se podrían experimentar los diferentes sucesos afectivos que ocurren durante el momento presente como una

experiencia coherente. Los argumentos que subyacen a esta afirmación se expondrán en los siguientes apartados ya que aluden a las diferentes características temporales de esta categoría conceptual y a las posibilidades cognitivas que tiene el ser humano de percibir y organizar como un todo eventos externos que irrumpen la ordinariadad de la vida, desde muy temprano en la infancia y durante el resto de la misma. Para Stern el único tiempo de experiencia subjetiva cruda (raw) y de experiencia fenomenica en el que se cuecen los pequeños microdramas cotidianos es el tiempo presente.

4.7.1. La duración del tiempo presente

Pues bien, *el ahora* tiene su propio grosor temporal, uno lo suficientemente amplio como para percibir unidades de significado con una duración lo suficientemente acotada como para que no se difumine con lo que ya ha sucedido o con lo que está por venir. En consecuencia con lo anterior, Stern (2004) indica que el momento presente puede durar entre 1 y 10 segundos, con una duración promedio de 3 o 4 segundos. No es una duración aleatoria e insignificante, explica el autor que es el tiempo requerido para hacer agrupamientos significativos de la mayor parte de los estímulos que provienen de las personas y para permitir la toma de conciencia. Clarifica que aún cuando el límite de la unidad del momento presente es de 10 segundos, ésto no determina que no haya unidades de tiempo más largas compuestas por diferentes momentos presentes juntos.

Stern (2004) ilustra lo anterior especificando que la duración del tiempo presente es la duración de una frase y trae el ejemplo del lenguaje, la música, la poesía, la danza y la kinética en donde la frase es el trozo (chunk) más pequeño que permite transmitir y construir significado. Lo que no significa que las secuencias de frases constituyan significados mucho más amplios que la frase en sí misma. No obstante, la frase tiene valor y ante todo tiene efectos comportamentales y subjetivos.

Cabe resaltar que el momento presente no es el tiempo que transcurre. Aún cuando se está mencionando que tiene una arquitectura temporal inherente, no es una medida de tiempo. Hace alusión, entonces, a un tiempo en el cual es posible tener una vivencia psicológica en la cual la persona se aproxima a un sentimiento. Para ello añade Stern, se requiere de atención y vigilia y que se de en momentos de conciencia. Uno de los signos que expresan la presencia de conciencia según Damasio (2000) y Stern (2004) es la posibilidad de sostener un foco atencional sobre un suceso. A esta idea agrega Stern, que si bien en el momento presente la conciencia trata de enfocarse sobre un sólo suceso también permanece abierta a otras estimulaciones potencialmente interesantes.

Tal vez la posibilidad de experimentar la continuidad no es sólo un fenómeno meramente cognitivo que permite vivenciar la continuidad del evento externo, tal vez es un fenómeno asentado sobre el sentido de sí que comienza constituir el ser humano desde su nacimiento. Como lo plantea Stern (1985/1991), el sentido de sí es aquello que permite integrar y organizar las experiencias como un todo y que esta vivencia perdure pese a los cambios de foco atencional. El constructo "momento presente", no se visibiliza fácilmente, no obstante pretende hacer

inteligible un fenómeno psicológico que nos acompaña desde el principio de la vida y hasta el final de la misma: la experiencia de la continuidad de diversos hechos externos a nosotros como una unidad de sentido. Stern (2004) sugiere que el momento presente se vive de manera holística, no es posible dividir sus percepciones, sus afectos, acciones y cogniciones, es sentida como un todo.

En relación con lo anterior, Stern describe un rasgo que permite adentrarse en el nivel experiencial del momento presente y que explicita una condición participativa por parte del sujeto. Si bien hay diferentes tipos de participación, se hace necesario resaltar que todas estas posibilidades de participación conllevan una sensación de involucramiento. El momento presente emerge entonces a partir de aquellos sucesos que resultan novedosos o que comportan alguna problemática a resolver y que por tanto compelen a la persona a involucrarse. Así pues, el momento presente se constituye en un proceso subjetivo y psicológico en el cual se hace imprescindible la vivencia de ser autor de la participación que allí se tiene. Siendo necesario aclarar, entonces, que la experiencia mental y subjetiva está profundamente corporeizada en las acciones, movimientos y cambios fisiológicos, (Stern, 2004).

2.2.6.2 Dinámica temporal del tiempo presente

Como se ha venido mencionando, para Stern (2004) el tiempo presente tiene una micro-dinámica que permite el trazo de un perfil temporal que marca los diferentes cambios que se dan en el transcurso del suceso. Estas formas del tiempo son dadas por los contornos temporales de los estímulos, ya que estos comparten propiedades temporales tales como intensidad, ritmo o cualidad y los respectivos cambios analógicos que se pueden dar en estos planos. Estas propiedades permiten que el estímulo sea contorneado en tiempo real en el sistema nervioso y que se transponga a su vez en contornos de sentimientos. Son estos los llamados afectos de la vitalidad que acompañan todos los gestos, movimientos y comportamientos humanos.

Dos aspectos resultan muy importantes de considerar en relación con esto, por un lado, los afectos de la vitalidad contribuyen con la percepción de unidad que caracteriza el tiempo presente; en este sentido colaboran con el proceso de establecimiento de “chunks” perceptuales. Por otro lado, se encuentran en la médula de aquello que Stern denomina tensión dramática, crucial para la comprensión de este despliegue como un “drama”. Este se caracteriza por tener un inicio, un desarrollo y un cierre, y un correlato en términos de sentimientos, de los cuales el sujeto puede ser consciente o no. Sin embargo, siempre están presentes porque el contorno temporal precede al sentimiento, de esta forma, los afectos de la vitalidad son el núcleo de la “historia vivida” y son aquello que componen el estilo o la manera de hacer las cosas.

A continuación se exponen algunos de los elementos que permiten a Stern (2004) considerar que el momento presente puede tener un despliegue narrativo. Cabe insistir que el momento presente no requiere lenguaje necesariamente. Cuando Stern utiliza los términos narrativo o historia, no lo hace en relación a sus versiones lingüísticas sino vinculadas al juego de tensiones y distensiones y cierres

de unidades.

1. Las historias se estructuran alrededor de un argumento, un tema que en principio convoca por novedoso, conflictivo o llamativo y alrededor del cual se da el despliegue y perfil de afectos de la vitalidad que la mantiene unida temporalmente. De ahí pueda darse una línea de tensión dramática que lleve la historia hacia delante, a través de una “crisis” y una resolución.

2. Contienen un quién. El momento presente precisa de la sensación de que somos nosotros quien vivimos la experiencia, además de una agencialidad para asumir la acción frente a lo que convoca. También implican un cuándo, un dónde y un cómo que hace los elementos de la historia coherentes.

3. El despliegue narrativo obedece a un por qué. Esta pregunta corresponde al flujo de un sentimiento de intencionalidad en el momento presente, un sentimiento de moverse hacia delante, de direccionalidad orientada hacia algún lado. Stern (2004) señala que es la forma temporal analógica de la experiencia.

4.7.3. Momentos presentes especiales

Stern (2004) considera que hay diferentes tipos de momentos presentes, cada uno con diferente importancia; los hay desde aquellos inconsecuentes o extremadamente banales hasta aquellos que pueden ser absolutamente decisivos y alterar las vidas de las personas. Este autor tiene interés por un tipo de momentos presentes particulares. Son estos *los momentos presentes especiales* y se detiene especialmente en un tipo de éstos: los momentos de creación intersubjetiva.

De manera inicial este autor estudia cierto tipo de momentos presentes especiales, aquellos co-creados y compartidos con alguien en un momento de contacto intersubjetivo, a diferencia de los momentos presentes corrientes que pueden presentarse en soledad. Los momentos presentes especiales, indica Stern, se constituyen en sucesos que pueden tornarse en memorias que componen las historias de nuestras relaciones íntimas.

Esta experiencia compartida implica un plano fenomenológico en el cual se permean las fronteras del propio sentir con aquello que el otro siente. Stern plantea que este es un tipo de contacto especial que se da entre las personas e indica que esta posibilidad de compartir estados internos y resonar con este compartir se comienza a constituir de manera temprana en la infancia.

Cuando dos personas co-crean una experiencia intersubjetiva en un momento presente, se observan dos expresiones de la consciencia. Debe existir una consciencia fenomenológica, es decir, consciencia de la propia experiencia, la cual para el autor opera a nivel perceptual y no a nivel reflexivo. También encuentra Stern que se presenta una consciencia intersubjetiva, es decir, se tiene la propia experiencia más la experiencia del otro de su propia experiencia. Aclara Stern, que ambas experiencias no necesitan ser las mismas, cada uno conserva la vivencia particular de lo que le ocurre, pero se encuentra una concordancia entre la experiencia la propia y la del otro.

Stern reconoce que los momentos presentes especiales tienen lugar en interacciones relativamente intensas, es allí cuando puede emerger una conciencia intersubjetiva y darse un amplio potencial para la expansión del momento presente en la medida en que se instaura un conocimiento implícito de aquello que puede ser expandido sin que se fracture el momento presente especial. Tal y como se ha mencionado antes, la posibilidad de aprehender el momento presente corresponde a una modalidad implícita del saber. Stern plantea dos aspectos puntuales en relación con esta modalidad de conocimiento que permiten adentrarse en la comprensión del funcionamiento cognitivo implicado en el momento presente:

1. El saber implícito no está restringido al mundo de la comunicación no verbal o al movimiento corporal o a la sensación, aplica también para los afectos y lo que “está entre líneas”.

2. Retoma de Fischer y Granott (1995), Marcel (1983), la idea de que los dominios explícitos e implícitos del saber son dos sistemas parcialmente independientes, paralelos y separados por lo cual es posible concebir que lo implícito puede permanecer en este dominio sin tornarse explícito con el desarrollo; los dos sistemas pueden convivir de manera paralela a lo largo de la vida. Stern clarifica el uso intencional del término saber en vez de conocimiento porque, para él, el verbo saber ofrece una vaguedad constructiva y una visión más dinámica.

Esta es una modalidad del saber a disposición del bebé. Todo el saber que va constituyendo en relación a qué esperar, sentir y hacer con las personas recae en este dominio. Pero no es sólo un saber respecto a los otros, es también el saber sobre sí mismo.

Sintetizando entonces, Stern entiende que los momentos de creación intersubjetiva son momentos presentes especiales. Estos momentos involucran una mutua interpenetración de las mentes en las cuales se va construyendo un conocimiento implícito de la relación. En este campo de lo implícito se van enriqueciendo y transformando las interacciones, lo que favorece que se pueda tomar diversas direcciones juntos y que cada uno pueda tomar parte intuitivamente en la experiencia del otro.

Esta perspectiva conceptual, especialmente la idea de que el momento presente involucra un sentido de sí mismo en la medida en que mientras éste es vivido cada quien puede experimentar experiencias subjetivas que se corporalizan en sus acciones y movimientos, puede resultar pertinente como marco de referencia para comenzar a explorar la organización del movimiento del bebé en su relación con el adulto, desde una dimensión temporal que se encuentra íntimamente relacionada con su condición sensible. Creemos que el planteamiento de Stern (2004) sobre la constitución de la subjetividad a partir de la experiencia corporalizada puede ser explorado a partir del microanálisis de los movimientos del bebé en sus encuentros con el adulto. Creemos que de esta forma puede entreverse cómo el bebé puede irse descubriendo a sí mismo en nuevas posibilidades corporales con el otro, en la temporalidad propia al presente psicológico.